

# Una vida junto a la estufa

María Angélica Verduzco Álvarez Icaza

## INTRODUCCIÓN

Éste es el relato de la vida de Rosa narrado por ella misma, un poco antes de su muerte y transcrito de manera textual. Nacida en un lugar de mucha pobreza, entre víboras, como decía, logró día a día superar su destino, así como tener una vida plena e infundir mucho apoyo, cariño y alegría a las personas que la rodearon.

Su vida siempre giró alrededor de la cocina, de ahí el título “Una vida junto a la estufa”, ya que solía interpretar el mundo a través de una mirada culinaria, que era el tamiz por donde pasaba todas las situaciones. La idea de este escrito surgió un día en el que, estando muy triste por la muerte de su hermana, en lugar de hablar del dolor que esto le había producido, dijo: “Yo le había dicho que se tomara un caldito para que se sintiera mejor, pero ya no le alcanzó el tiempo y solo logró comerse una gelatina”.

Así, la comida fue siempre su modo de preocuparse por todos, desde que amanecía haciendo un buen desayuno, una rica comida a medio día y en la noche, junto con su paciente espera, hasta que llegara el último de la casa, preparando una succulenta cena; también fue su moneda de cambio para agradecer cuando alguien le hacía un servicio, preparando una regia comida y hasta la medicina que recetaba a los enfermos, con su amplio conocimiento de hierbas y remedios.

La historia abarca cien años, desde que su mamá iba a vender comida a los soldados durante la revolución en 1910, hasta su enfermedad en 2010. Refleja la historia de un México, de valores, cultura y tradiciones que han ido cambiando, además de dar una

mirada desde el ambiente rural al de la ciudad, desde la pobreza a la abundancia.

Como fue una mujer sin instrucción, que nunca acudió a la escuela, en ocasiones se encontrarán con alguna palabra a lo largo del texto que no conocemos o bien la sintaxis o el razonamiento no es como lo acostumbramos. En su vida siempre se guió por un talento e intuición naturales, utilizando refranes populares, a los que unía un sentido común fuera de todo cuestionamiento.

Esta obra es un tributo a una persona que dedicó su vida entera a cinco generaciones de mi familia, a la que llegó a considerar como propia y quien a su vez fue considerada como parte de ella, también es un reconocimiento a su servicio fiel de setenta años, y a la vez constituye un legado, porque consigue heredar la enseñanza de que ninguna vida es pequeña, al dar testimonio de que cada quien la engrandece y le da valor, cuando toca de manera especial a los que están cerca de ella.

## I. EL QUE DEL CAMPO VIENE, CALDO QUIERE

¿Para qué quieres saber mi historia, linda?, es muy triste porque yo nací entre víboras.

¿Que dónde vivía? ¿Aquí en México? ¡No! Fue en Hidalgo. Yo nací a un ladito de Chapantongo, en Batí; hasta me hacen burla por el nombre. Yo creo que se le olvidó a Jesucristo pasar allí, es un pueblito bien chiquito. No había nada ni se daba nada, no era tierra, sino como tepetate seco, sólo se daban unos cardoncitos bien desnutridos y unas espinillitas, no había casi ni agua. Cuando conocí la presa de Andó, dije: “¿Por qué en mi tierra no hay nada?” Total que no supe de allí, para donde quedaba mi pueblo.

Allí en Batí, la señora Agripina, Pina, les prestó a mis papás una casa para que la cuidaran, mientras se venía a trabajar a México, fue un lugar donde yo la verdad, no supe cuántos años duramos, lo que sí me acuerdo, es que cuando esa señora iba a ver su casa, yo pienso que cada año, a mis papás les daba mucho gusto, porque les llevaba pan, les llevaba dulces y eso a mí me encantaba, porque era una pobreza horrible, tanta, que se puede decir que vivíamos en un desierto, porque era un monte seco y despoblado.

Adonde vivíamos no había nadie que supiera leer y escribir, era el vil monte y no había nadie. Dios me cuidó, porque me salía al campo y nunca me picó ni una víbora. Allí se quedó toda mi niñez, porque yo no tuve infancia; se puede decir que me divertía entre las víboras, entre puras serpientes, porque si yo me salía a jugar al llanito, había víboras. Cuando iba yo a las peñas, oía ruidos, como que se arrastraba algo, pero como era tan tonta,

a mí ni me llamaba la atención, andaba descalza, no tenía zapatos, porque pienso, que éramos las personas más pobres del universo.

Pero dicen que la curiosidad mata al gato, porque un día yo oía que se arrastraba algo por debajo de las peñas, estaba arriba de una piedra y hacía como un hoyito para abajo, pegué el brinco para abajo y voy viendo que era un hervidero de víboras, ¡Ave María purísima! Pero como no estaba mi mamá a esa hora, no le pude decir nada, hasta el otro día le dije que había muchas víboras y como mi mamá era muy buena para matarlas, yo creo que hizo matadero, porque yo, del miedo, ya no quise subir.

Luego, una vez andaba yo corre y corre en un llanito y estaba una rueda, pero era una víbora y cayó mi piecito en medio del círculo y no me alcanzó ni a morder, porque andaba yo corriendo y solo oí al animal, solo hizo shhh y ¡córrele!

Por cierto, ah, pues a mi mamá una vez, casi la mata una serpiente enorme, que tenía una cabeza como de gato. No había casas, no había nada, eran unas carbonerías, se hacía carbón y nosotros vivíamos entre esos animales. Mi mamá estaba criando a mi hermano y mi papá le había hecho la cuna que te dije, de unas marañas y de unos palitos que colgó de las tejas, porque ahí sí, el techo era de teja. Yo había visto salir a una serpiente de la cunita de mi hermano, y yo vi que ya iba para arriba del lazo de la cuna, para subirse al techo; cuando mi mamá le daba pecho, le daba sueño y se quedaba dormida, entonces la serpiente subía para darle a chupar la cola a mi hermano y ella se tomaba la chichi. Mi papá un día la espío y la mató a machetazos, yo ni lo vi, me hubiera muerto del susto. Había muchas serpientes en esa casa, tantas, que ése fue mi entretenimiento de la niñez, puras víboras, cosas horribles.

A mi mamá le gustaban mucho los guajolotitos, y le gustaban tanto, que tenía parvadas de guajolotes. Un día me dijo: "Asómate a ver qué ruidero trae la guajolota, no sé qué animal se andará comiendo mis guajotes, porque diario me faltan"; me fui a asomar

y era una serpiente enorme, que traía correteando a la guajolota con los guajolotitos y que le grito a mi mamá: "Mamá, mamá, a una guajolota la están correteando", y como pudo llegó, cuando el animal ya se estaba enterrando en su hoyo para escapar, pero lo prensó con un horcón en el piso y lo mató, si no lo hace, dicen que el animal la hubiera matado a ella. Antes, cuando mi mamá había llegado, vio al animal aquel y que me dice: "Córrele al Camino Real a ver quien pasa y háblale", pero ni alma en el Camino Real. Cuando regresé, que me vuelve a decir: "Vete corriendo a la casa y traite, aunque sea, un cuchillo o la hoz porque este animal me va a matar a mí", yo estaba chica, pero como me ordenaba, lo tenía que hacer; se lo llevé y que me dice: "Con ese cuchillo, pícalo por todos lados, tú pícalo, que no te alcance" y yo lo picaba y le salía sangre y fue como perdiendo fuerza, luego ya se murió y ya descansó mi mamá, que la traía de allá para acá, al revés y al derecho, entonces que dice: "Pásamelo" y ella lo picó y ya se murió. Después me dijo: "Trae un delantal para agarrarlo y subirlo", porque no lo quería tocar con las manos, yo le llevé lo que encontré, entonces cuando pasó la carbonera Efusina le dijo: "¿Ya nos vamos al agua, comadre?"; cuando vio tan semejante animal, hasta gritó ella: "Ay, ay, ay, ¿qué animal se está descolgando?" "Ya lo maté", le dijo mi mamá, "con trabajos, pero ya lo maté, porque si no, él me mata a mí". Entonces ya estaban después todos haciendo sus comentarios de que era un animal que venía de lejos, de los manantiales.

Yo sufrí muchísimo cuando fui niña porque mi mamá me mandaba a pastorear los guajolotes entre los girasoles, a las milpas y yo estaba muy enana y los perdía; cuando los buscaba, ya no los encontraba y entonces allí en ese campo, había muchos lobos, muchas zorras, que se comían las gallinas, y todo lo que encontraban. Un día me dice mi mamá: "Si yo no encuentro mis animales, te voy a pegar". A mí me daba mucho miedo, porque cuando me pegaban, me pegaban muy feo y yo decía: "¿Qué hago?" Yo me iba

por donde me había ido con ellos y ya sabes, que los guajolotes son muy escandalosos y dicen: “Gordo, gordo, gordo”; y ese día, nada, no aparecieron, entonces se quedaron toda una noche. ¿Quién sabe dónde se quedarían? Entonces mi mamá me amenazó: “Te voy a pegar” y yo le dije: “Pues tengo mucho cuidado, pero se metieron entre las milpas y yo los perdí” y los encontraron al día siguiente; mi mamá se levantó temprano y como obra de Dios, encontró a sus guajolotes entre los nopales y acabamos allí con tanta bronca.

## II. A FALTA DE PAN, TORTILLA

Todo eso pasó en casa de la señora Pina, pero ya después, la Señora se juntó con una persona y ya se fue a vivir con él y nos quitó su casa, pero nos mandó a unas cuevas, en su mismo terreno de ella.

Allí mi papá las arregló como si hubiera sido una casa, con palmita de tijerilla. Esas palmas son como magueyes que crecen arriba como las palmas benditas, se dan en el campo, mi papá las cortaba con una guadaña desde abajo y tiraba las piñas y las iba despernancando y con eso hacía las cortinas para la casa; eran como el apio al que le salen unas cucharitas.

Mi papá usaba su shirgo hecho de palma de petatito como la cola de un pavorreal, seguro que no sabes lo que es, pero es algo así como unas mangas que se pone la gente en los pueblos, como de gamuza, para que se resbale el agua cuando llueve, para hacer como una cobija de palmas, se tejen las puntas de arriba y lo demás son como cucharitas, pero pican reduro; los shirgos los unía con ixtles del mismo maguey, que torcía y unía y en el cuello le ponía una jareta de ese ixtle de maguey, vamos, como un lacito.

A mi papá, como cuidaba ganado, luego le regalaban algún borreguito o becerrito, entonces los descuartizaba y nos los comíamos, mi mamá se iba al río y ponía a secar la piel. Mi papá forraba los shirgos de las zaleítas de borrego y era con lo que nos cobijaban y con lo flaquito, hacia petates porque no teníamos camas. Era una pobreza horrible.

Mi mamá también era muy curiosa. Le hizo a mi hermano su cuna de vara de membrillo que es tan dura, que si te pegan con una

de ésas, te revientan las piernas, cortaba muchísimas y hacía unas ruedas para hacer la cuna; para leña, usaba los magueyes que había raspado y les había sacado el agua miel; después de que los dejaban secar. Ella iba y raspaba los magueyes, las personas que los trabajan traen un raspador, que es como una cuchara, como una espátula, pero forma algo redondito, grande. Los magueyes se quiebran, los preparan para que den aguamiel para el pulque, les abren el corazón, se lo sacan y les hacen una como cazuelita para sacar el aguamiel y se hace alrededor del maguey, se saca el líquido con un acocote, que es una cosa larga, les hacen dos agujeros, se aspira para que suba el líquido, es como hueca y barrigoncita; arriba tiene un hoyo para subir el aguamiel y se sube, pero no llega a la garganta, es como un popote, se echa a la barrica y se sigue raspando; además se suelta algo que se comen los puercos o los borregos.

También iba, cortaba las pencas y sacaba los shishis y sacaba unos ixtlitos. Los shishis los usaba para lavar los trastes. ¿No sabes cómo? Pues se deja a remojar el shishi en agua y ahí se lava la lanita del borrego, esos shishis salen de las tiras de la escobetilla, se usan como jabón. Se pone a remojar en una cubeta y se lava la lana de los borregos y las cobijas. En los pueblos son trabajos muy duros, muy bruscos.

Yo por ejemplo, empecé a trabajar desde muy chica, a mi me mandaban a pastorear las borregas, me cargaba los borreguitos con su rebozo de mi mamá, y así me los quitaba el coyote; se los iban a comer y yo ni una patada le daba. El coyote era horrible, porque era más grande que yo y no podía con él. También cuidaba a un niño. Me sentaban en el suelo y lo ponían entre mis piernas, pero cuando se movía el niño, me aventaba para atrás y me caía.

Después, ya tendría como seis o siete años, una vez pasó una muchacha que vivía cerquita de donde vivíamos, iba a ver a su mamá porque se le había muerto su papá y creía que su mamá

cualquier día también se moría, entonces fue a ver a mi mamá y le dijo: “Présteme a su niña Rosa, para que me cuide a mi niño, me la voy a llevar porque voy a ir a mi tierra, para que ella tenga cuidado del niño”. Mi mamá le dijo: “¿Cuándo se va? Yo no sé si usted la va a aguantar, porque está para que la cuiden, no para que cuide”. Ella le dijo: “Para que me entretenga al niño”, luego entonces, me prestó.

Mi mamá echó a remojar maíz y a mi abuela, que vivía en el mismo lugar a donde íbamos, le hizo unas gorditas de piloncillo. Primero fue a quitarles las piedras a las hormigas, porque en su nido tienen hartas piedritas, entonces con una escoba las recogía y fue a varios hormigueros para poder poner un fuego, las lavaba primero, ponía la lumbre, el comal y arriba las piedritas para que las gorditas quedaran doraditas; les ponía como un empedrado, cuando las volteaba, les quitaba las piedritas y las volvía a poner antes de poner las gorditas, para que no se pegaran, las iba sacando y las volteaba y ponía más piedritas y así le hizo las gorditas para mi abuela.

Las preparaba poniendo a remojar el maíz crudo, el nixtamal no era sólo maíz remojado, y lo molió en el metate y salía la masita, la coló y la pasó en un ayate para que cayera la harineta y quedara el gabazo para arriba y la masita abajo. La batió con agua de piloncillo, canela, anís de ese como comino, le ponía huevos y hacía figuritas como unos juguetitos chiquititos, formaba la habita con un palito, hasta me ponía a mí para que le ayudara y yo digo que le quedaban muy ricas, por cómo se veían esas figuritas. No le gustaba que me las comiera, porque eran para su mamá, yo las veía muy ricas y hasta se inflaban. Yo le decía: “¿Me podrá dar una para probarla?” Y me contestaba: “No, no la vamos a probar, son para mi mamá”. A ella no le importaba lo del harina, pero a mí sí, porque las quería probar. Cuando terminó de hacer las gorditas, le dijo a la señora: “Dígale a mi mamá que la mando saludar, que me perdone y que la chiquilla que

lleva es mi hija”, yo nunca había visto a mi abuela, ni mi mamá tampoco, desde que a ella se la robó mi otra abuela para dársela a mi papá.

Cuando llegamos a la casa de mi abuela, en Pathé, me dijo: “Quédate, yo le digo a tus papás que te quedaste. Aquí vas a tener otra vida”, pero yo pensé: “Me quedo y no vuelvo a ver a mi mamá”. Afortunadamente le dijo la muchacha: “No se la puedo dejar, porque la señora me la dejó y me dijo que se la cuidara y si le digo que se la dejé, me va a mandar que venga por ella”. Yo era chiquilla, pero no taruga. Mi abuela me decía que me iba vestir y que me iba a comprar mis huarachitos, porque iba descalza, pero yo pensaba: “A mí no me importa que ande como ande, pero a mi mamá yo no la dejo”.

Allí, en Pathé, por primera vez vi cómo las gentes se metían en los ríos a lavar y se bañaban. Y decía: “¿Cómo se pueden meter?” Y al fin y al cabo a mí también me metieron. Me decía la muchacha: “¿No traes ropa?” y yo le decía: “No, mi mamá me quitaba mi vestido, me lo lavaba y yo me sentaba hasta que se secaba mi ropa”. A lo mejor hasta hubiera sido otra gente, pero no me quise quedar. La señora que se llamaba Catalina, me regresó y le dijo a mi mamá: “Ay, señora, ya merito le andaba quedando mal, porque su mamá se quería quedar con su hija, porque dice que pobrecita, que está muy distraída, que anda con muchas fachas y que no tiene qué ponerse”. Mi mamá le contestó: “Me hace mucha falta aquí, pero me hubiera dado gusto que se la hubiera dejado”, le contestó: “Ella no quiso”, pero mi mamá le volvió a decir: “De que esté aquí, muerta de hambre, hubiera preferido que se hubiera quedado”. “Pues sí”, dijo, “su mamá quería a fuerzas que se quedara”.

Ya después de allí, nos fuimos a otro lugar, porque un día nos corrió el hermano de la dueña, todo por mi hermano mentiroso, el que seguía de mí, era chiquito. Pasó que como a las diez de la mañana, en la cueva, mi mamá se había ido ese día a moler a

una casa donde fue a hacer unas tortillas, yo estaba muy contenta porque de regreso me había llevado de cenar, era el día dos de la Candelaria, cuando se prenden luminarias, o sea luces. Me dijo mi mamá en el atardecer: "Prendan una fogatita con tu hermano, pero no se vayan a caer; de arriba de la cueva echen las marañitas que encuentren" —o sea unos palitos secos— y entonces, en la noche prendimos una luminaria. Mi mamá juntaba los palitos que echábamos, y con el vielgo, hacía un alterón y decía: "Ya bájen-se". Ya se estaba oscureciendo y estaba mi mamá prendiendo esa luminaria y mi hermano Adelaido se quería meter, ella le decía: "¿Cómo crees?, te quemas"; como la leña chispea, me mandó mi mamá a que me fuera a asomar para ver a mi hermano y con la misma luz que estaba prendida, afuera vi a una persona vestida de negro y con una cosa como tapada, con las manos juntas. Me dio horror y le llamé a mi mamá: "Venga, córrale". Cuando llegó, ya no estaba, yo le dije: "Aquí acabo de ver un señor o una señora que estaba sentada", ella me dijo: "Ya estás viendo visiones", yo le volví a decir: "No, yo vi a una señora vestida, tapada con su rebocito negro, sentada, y me salí corriendo, pero ya no había nada".

En esos días estaba con la tentación de lo que había visto y un día estaba acostada viendo la peña, vi como el reflejito de una luz que pasó volando, le dije a mi mamá: "¿Vio esa luz?", pero me dijo: "Estás loca, ya te estás haciendo loca. Mejor, ponte a barrer el cuarto, haz tu escoba y barras". Entonces, teníamos escobas, pero eran de popote, barríamos con bashí, que es como una hierba verde; porque en el monte hay de membrillo, pero casi no las usábamos, éstas son como las del barrendero. El cuarto era de tierra suelta, porque se iba sumiendo el piso y mi papá lo iba rellenando. Y cuál no sería mi sorpresa, que meritito en medio, donde le colgaban la cuna a mi hermano, vi una cruz, era chiquita y yo decía que era mi muñequito, era de barro crudo, y salió un piquito. Los chamacos son muy curiosos, yo no paré hasta que

lo saqué y eso a mí me encantó muchísimo, porque era una niña cerrada y no entendía qué era, para qué era, ni qué contenía, pero me gustó muchísimo y hasta la había yo clavado afuera, en las palmitas, saliendo del cuartito, en la tijerilla que había puesto mi papá como una cortina.

Entonces, ¿por qué no?, el chismoso de mi hermano, panzón, panzón, se lo contó al hermano de la dueña, que se llamaba Tomás. Él vivía más adelante, en otros terrenos, porque ya había recibido su herencia, y ese día pasó por mí para ir a cuidar a sus hijas. Empezaba a salir el sol, venía de ver a su hermana. Mi hermano Adelaido le dijo: “¿A que no sabes qué? Mi hermana en la mañana se encontró una cruz”. “¿En dónde?” “Ven, te voy a enseñar en donde” y lo pasó adentro. Yo le di sus coscorrónes porque le decía que era mi muñequito. Tomás se la llevó y yo estaba chille y chille porque se llevó mi muñequito. Mi mamá le dijo: “¿Para qué le dijiste?”

A las doce ya estábamos afuera, nos corrieron de la cueva luego, luego. Al mismo Tomás, le dijo mi mamá: “No es posible que por una cruz nos vayan a correr, ¿qué tiene que ver que se la haya encontrado?” Y él le contestó: “Ya mi hermana dijo que se fueran, así que a ver a dónde se van”. Nosotros no teníamos ni ropa ni nada. Mi mamá dijo: “No me puedo ir hasta que venga mi marido, no me puedo ir, no tengo a dónde ir, la señora Pina nos mandó, para acá”. “Sí”, dijo él, “pero, yo ya fui a verla y me dijo que desocupen” y así fue que mi mamá fue a buscar a mi papá, gritándole lo encontró y le dijo: “Fíjate que nos corrieron de la casa”. “¿Por qué?”, dijo. “Nos corrieron por el chismoso de tu hijo, por la crucecita que se encontró Rosa; Adelaido se la dio al Tomás y ella está chille y chille porque dice que ya no tiene muñeco”. “¿Qué tiene que ver eso?” “Es lo que yo me pregunto, pero ya me corrieron. Ve a ver qué arreglas, yo no me podía ir, porque llegas en la tarde y ¿adónde me encuentras?” Mi papá le dijo: “Vete con mi mamá, porque ¿adónde nos vamos ahorita?,

llévate a los hijos para allá, a Rosa y al chismoso y yo ya paso a recoger las cositas y los trastes para llevárnoslos”.

A lo mejor todo eso pasó porque pensaron que había dinero en esas cuevas y ¿quién sabe?, a lo mejor sí había. Yo me acuerdo que cuando llegué a la tierra de mi mamá, mucho tiempo después, volví a recordar eso que yo había visto en la cueva. Antes en las iglesias, los altares se adornaban con esas ánimas, que eran como unas nubes de cartón, como las del mismo lugar donde yo me encontré esa cruz. Pero cuando yo vi eso, todavía no había pasado nada; cuando ya nos corrieron, ya se acabó. Tuve una sorpresa tan fea una vez que volví a ese lugar con una prima que ya estaba más grandecita y hasta me dijo mi prima: “Vamos a ver cómo está la cueva”; ¡Ave María purísima!, mi casa estaba hirviendo de pulgas, como de perro; ya habían escarbado el piso y yo no sé si había dinero, yo nunca supe, pero había un hoyo, como una bovedita como del tamaño de una caja de zapatos, no estaba muy hondo, eso ya no era casa, ya no había techo, ya lo habían destruido, ya nadie se acercaba, pues había un pulguero y mi prima y yo salimos corriendo.

### III. AL PERRO MÁS FLACO, SE LE PEGAN MÁS LAS PULGAS

Luego nos fuimos a vivir con mi abuela, la mamá de mi papá, que se llamaba Conrada y digo yo, fue una cosa bien triste y bien horrible cuando ya no vivimos en esas cuevas, porque mi abuela me quería matar cuando nací y no me mató porque una hija suya le dijo: "Tú serás muy mi madre, pero si la matas, te meto a la cárcel". No me quería, es que ella no quería ni a mi papá ni a nadie, yo creo que nada más se quería ella sola, acabamos viviendo con ella. Era como una serpiente venenosa, tampoco quiso a mi papá, y yo digo, si no lo quiso, ¿por qué lo buscó?, porque mi papá era hijo de otro de mis tíos y pertenecía a una familia y sus demás hermanos a otra, yo no la quería ni ella tampoco, pero ya después yo solo la veía como un bicho raro.

Pues, con mi abuela era un calvario, había muchas broncas con mi mamá, allí nadie la quería, nada más que su cuñada, pero en esa casa, ya no duré casi nada, porque eran muchas peleas de los medios hermanos con mi papá, porque los otros sí eran hijos de matrimonio. Mi mamá en ese entonces no estaba grande, ni yo tan chiquita, mi abuela se había casado con un tío de mi mamá que se llamaba Fidencio y un día que él fue a visitarla y a recoger ropa, porque vivía y trabajaba en una hacienda cerca de allí, mi mamá estaba a punto de dejar a mi papá. Decía: "Ahora o nunca", entonces le dijo: "Tío, yo me voy a ir de aquí". "¿A dónde te vas a ir?" "No sé a dónde, pero yo voy a dejar a Florentino, yo ya no aguanto más, le regalo a Rosa". "Pero ¿por qué?", dijo él, "no me la regales, yo me la llevo a la hacienda". A mí me regaló

con ese tío y a mi otro hermano, Adelaido, que seguía de mí, se lo regaló a Cruz, la hermana de mi abuela Juanita. Mi tío le dijo a mi mamá: “Yo me la llevo, pero cuando tú quieras, la recoges, es tuya”.

## IV. A BUEN HAMBRE NO HAY PAN DURO

Y entonces me llevó en un costal cargada y en su casa, allá, mi tío tenía a otra niña, ésa sí era su nieta, se llamaba Chabela, pero llegó un buen día, que bien dicen, que cuando Dios quiere que se hagan las cosas, Dios las arregla, ya llegué allí con ellos. Mi tío Fidencio, con el que me regalaron, aunque estaba casado con mi abuela, cada quien vivía por su lado; ella vivía sólo con su hija Lupe, esa sí era hija de ellos, mi papá no era hijo de él, y también tuvieron otros hijos con ella: un Chon, un Martín, una Petra, una Lupe, Belem y un Ramón que era el que vivía con su papá. El tío Fidencio vivía y trabajaba en una hacienda que era de tus abuelos, porque era vaquero, bajaba a todo el ganado a unas presas que no tenían fin, toda la gente se atravesaba para pasar sus animales; era atrás de un cerro de Coatepec. Las vacas se asustaban con la gente, se juntaban y te hacían fila, a mí me daban miedo estos animales que nos fueran a comer, eran vacas cebú.

Mi tío tenía muchos borregos porque vivía en el monte; tenía un borrego que era tan malo ese borrego, que hartas veces, no sé cómo no me mató, cuando corría, agarraba un vuelo y yo volaba, me aventaba a otro lado, la otra muchacha me decía: "No te pares", para que no me volviera a embestir otra vez; ese borrego se peleaba con los coyotes y cuidaba todo su rebaño.

Un día, no me había dado cuenta que venían bajando los borregos y ya venían a dormir, el coyote quería comerse los borregos, pero ese borrego grande, el que se peleaba con el coyote y siempre ganaba, aunque lo despeluzaba, le ganaba, mientras, a las borregas les daba tiempo para llegar al corral y con los borreguitos en medio

de ellas. Pero ese día no llegaba el borrego grande, todos los borregos se desparramaban en el corral, que era de madera, y yo decía: “No llegó” y en eso vi que venía disparado y estaba atrás de un nopal, de esos que les dicen condotes, un nopal chaparro y que me da un tope, me agarra en vilito, ni siquiera toqué el nopal, y fui a caer al otro lado, ni me mató ni nada, no me pasó nada, porque era flaca, flaca, seca, seca, por eso el borrego ni un hueso me rompió, ni nada.

Para entonces, mi tío ya me había hecho mi ropa, él mismo me la hacía, me había hecho mi falda y mi blusa de costales de harina blancos, los compraba o los pedía en el trabajo y de allí, él mismo me hacía mis faldas y mis sacos y de mangas con su puño y toda la cosa; “para que no se te quemem tus bracitos”, me decía. También nuestros calzones los hacía de manta y las camisetas que cosía a mano; se llevaba su morral al campo y llevaba su costura. Una vez por semana él nos decía a mí y a otra niña que vivía con él: “Les voy a poner unos cazos con agua, se bañan ahí, les dejo a cada quien su jabón y lavan su ropa con el agua que les quede. Tú tallas a Isabel y ella a ti”. A cada quien le tenía su ropa, le decía: “Mira, aquí está tu ropa y aquí la de Rosa”.

Chabela y yo, todavía no sabíamos ni moler, se nos volteaba la mano con la mano del metate, no podíamos con ella y nos machucábamos los dedos, no sabíamos ni quitar los frijoles. Mi tío ponía el fuego para que no nos metiéramos con la lumbre, ponía la leña, ponía el nixtamal, él nos ponía todo, hasta la sal y nosotras desgranábamos los elotes y los echábamos a cocer, con eso hacíamos unos lolitos desquebrajados, y así se los comía mi tío, o sea, no sabíamos ni moler ni la otra ni yo. Pero un buen día como si hubiera sido la voluntad de Dios, pasaron mis papás que iban a la fiesta del Calvario en Huichapan y me dijo mi mamá: “Ahora que regrese te traigo una charamusca”. Desde entonces me paraba a ver a toda la gente que venía de regreso del pueblo, todo el tiempo salía y entraba por el interés, que me había dicho mi mamá que iba

al Calvario y de regreso me iba a traer mi charamusca y por eso estaba esperando a mi mamá y a mi papá y espere y espere y nunca pasaban. Se tardó muchos días, no me importaba que no llegaran porque ya me habían regalado, por cierto, yo al estar esperando la charamusca, un buen día ya fue mi mamá, pero traía ya rota una mano y mi papá vomitaba sangre, porque me dijeron que se cayeron de la rueda de la fortuna en el pueblo, que se arrancó y se cayeron; mi papá se rompió las costillas y mi mamá se rompió una mano, todos estaban mal, pero el patrón de mi abuela, la que se llamaba Juanita, les prestó un burro para que fueran a recoger sus cosas hasta Batí, el pueblo donde vivimos antes. Entonces, cuando pasaron mis papás, ¿cuál charamusca?, me dijo mi mamá: “Prevente, porque vamos a pasar mañana por ti”, pero yo ya no me quería ir y le dije: “¿Cómo que no me voy a quedar con mi tío?” Ella me dijo: “No quiere tu padre, ya recogimos a Adelaido y pasamos por ti”. Yo decía: “Pero si ya me regalaron y ¿me voy a ir otra vez? ¿Cómo me voy a ir, si no está mi tío?”, pero le dejamos dicho con la otra niña, y ahí venimos, a mí me echaron arriba del burro y a mi hermano ya lo habían metido del otro lado y mis papás se fueron andando.

## V. AL QUE BIEN COME Y MEJOR BEBE, LA MUERTE NO SE ATREVE

Llegamos a Huichapan, la tierra de mi abuela Juanita y ya de allí nos mandaron a una casita entre las milpas; allí yo duré como ocho años. Llegamos a esa casa y fue un alivio para todos, estaba difícil la vida, pero tenías todo, aunque estuviera lejos. Había sólo una callecita en el pueblo que tenía unos peñascos que había que subir y bajar y le dabas la vuelta para ver por dónde podías pasar. Antes de tener burro, íbamos todos los días a traer el agua, como yo estaba chica, se me iba la cabeza para atrás y se me rompía mi cántaro y ¡me daba unas regañadas mi mamá! me compraba mi cántaro chiquito, yo le decía: “Métame la cabeza y me lo detengo aquí en el pecho” y todavía llevaba unas cantaritas panzonas para que no me lastimara la espalda. Aunque me había comprado mi cántaro, me decía: “Si lo rompes, te voy a pegar” y aparte llevaba dos cantaritos en las manos, dábamos tres o cuatro vueltas para llevarle agua hasta a los borregos, que eran muy sositos; en cambio, los chivos sí saltaban en el agua, así que teníamos que llevarles el agua en una cubeta, además llevábamos para la cocina, para tomar, para todo, pero a mediodía, ¿quién aguanta ese sol? Y luego era rete mañosa, porque allí en la tiendita que siempre ha estado, luego decía yo, ah, porque mi mamá tenía muchísimos huevos, pero nunca nos los daba a comer, los guardaba para comprar maíz, azúcar, carne o lo que encargara y entonces valía un huevo de gallina tres centavos y los huevos de guajolota los pagaban a cinco, pero yo me los robaba y me compraba mis dulces; mi mamá guardaba en los cántaros los huevos de guajolota y los de gallina me

los llevaba uno a uno y yo le decía al de la tienda: “¿Me da unos dulcecitos?” y en la subida los iba chupe y chupe, pero de todos modos, yo le agarraba sus huevos y me comía uno, como ella se iba a lavar lejos, tenía que pasar unas milpas y bajar hasta el río y a veces me llevaba y a veces no; cuando me llevaba, me daba mi zacateada en el río, cuando no, no. Ella se echaba todo el día allá y como tenía hambre, yo decía: “Me voy a comer un huevito”; me regañaba, porque como juntábamos los trastes para lavarlos, veía que lo había usado, me regañaba y me decía: “Ya te estás comiendo mis huevos”. “Ay, pues ya es muy tarde, yo tengo hambre”.

En la casa no teníamos baño, había cerca muchos perros de rabia y yo le tenía mucho miedo a los perros de noche, mi papá había puesto unos cactus, llamados organitos, para que no pasaran y nos hacíamos en el patio y al día siguiente barría mi mamá; había una mitad de barda de cactus de esos órganos y otra parte estaba cerrada porque era el chiquero de los puercos y el lugar de las gallinas, pero lo cerraban en la noche y como los perros de rabia no pueden brincar, no entraban. Yo les tenía miedo porque un día me agarró uno chiquito y lo llevaba arrastrando, porque se agarró de mis naguas, yo iba grite y grite y el perro arrastrando, me quiso agarrar y se le atoraron los dientes, no usaba zapatos, pero mi enagua era hasta el suelo. Yo he vivido a donde ha habido puros animales y groseros, he batallado mucho con la vida.

Mi mamá tenía muchos animales, cuando ya se vinieron a México, ya tenía hasta su burro para traer el agua y ya se había comprado sus barricas. Una vez mi burra se alocó y se metió adentro del bordo, una media hermana de mi papá me dijo: “Hija, ya se metieron los animales al bordo, ¿cómo los vas a sacar?, haz tu burro para acá, se va a hundir”, yo le decía: “No, ellos levantan la cara” y le picaba la barriga. “Hazte para acá, me volvía a decir, no lo vayan a corretear los bueyes”, entonces cuando se acercó, ya me lo jalé por toda la orilla, porque lo estaban metiendo los

animales hasta dentro. Allí tomaban agua los burros y los bueyes, pero luego se desconocían y se agarraban en el agua.

Después ya crecí. Como a los diez años, me llevó mi papá a la hacienda donde él trabajaba para ir a sembrar y luego para alzar maíz, había puro sol y nos pasábamos el día sin comer, porque entrábamos muy temprano y hasta que salíamos a medio día, no tomábamos agua ni nada.

Mi papá iba hasta el pueblo todos los días, se montaba su burro, porque tenía que ir a traer de comer para él y para mí. Yo seguía sembrando junto con otra chica. En las milpas había un sol que comía y teníamos que darle abasto a dos yuntas, una iba de ida y otra de venida y se cruzaban para que nos alcanzara el tiempo para sembrar en las dos, rápido, porque si no, luego tenían que esperarse mucho en la orilla y perdían tiempo. Yo le corría para que no me aplastaran los bueyes, le tenía que calcular dos o tres granitos cada vez. A una amiga si la aplastaron los bueyes, yo le tenía mucho miedo a eso, entonces a ella la pusieron a sembrar a donde caía el frijol, porque era más fácil. Un paso de maíz y uno de frijol; atrás venía la papa o las habas.

Yo sabía ponerle la yunta a los bueyes, pero no se las ponía, porque ¡ay mamacita!, me daban miedo. Dicen que ellos mismos se la acomodan, pero yo le decía a mi papá: "Si me unce los bueyes, le ayudo". Sabía arar, lo que no hacía era cosechar, porque pesaban mucho los costales con maíz. Yo si he batallado mucho; a Adelaido mi hermano y a mí nos tocó muy duro, pero yo, nada tonta, cuando Don Nando que era el que repartía el trabajo, tenía peones para sembrar, y entre ellos estaba mi papá, yo me los escogía, yo decía: "Con mi papá, para nada", porque me pegaba si algo no hacía bien. Como éramos dos chicas y cuatro yuntas, nos tocaban dos yuntas a cada una, ya fuera de alzar maíz o de sembrar, si no me apuraba yo, mi papá me daba mis garrochazos, yo le decía: "Yo con usted, ya no", y me iba con el hermano de la otra muchacha, que se llamaba Goya y ella se quedaba con mi

papá, porque a ella sus hermanos, si no se apuraba, le daban de trancazos.

Una vez, mi papá le echó la yunta encima a Adelaido, era muy carambas; mi papá era muy grueso cuando uno no podía hacer las cosas, pero ya después, a los doce años, mi abuela Juanita ya no quiso que yo fuera al campo. Le dijo a mi papá: "Ahora sí, busca tú, trabajo, yo te voy a quitar a Rosa, ella ya no puede andar en esos lugares", y ahí sí ya no podía hacer nada él. Sí era mucho trabajo, pero teníamos qué comer; había harta agua, manantial y toda la cosa, pero ahora todo eso ya se acabó, en cambio en la tierra de mi papá, allí si no había nada.

Antes de que ya me pudiera venir a México, me dio sarampión. Mi abuela me daba pura agua hervida, me estaba muriendo y a mi mamá le dio erisipela, ese día me fui a mi casa, la cuñada de mi papá, me dio unas flores de sábila y dijo: "Cuando vengamos del agua, descargamos los cántaros y hacemos unas flores de sábila porque no tengo qué darte" y me puso a que a les quitara los pabillos, las lavara, las guisara y me las dio de cenar. Me las comí porque estaban buenas, pero en la noche me dio un dolor de estómago y vómito horrible; eran las dos de la mañana, mi papá me dijo: "Vámonos, porque aquí te vas a morir", me echó en un ayate y yo iba chille y chille y llegamos a Huichapan. Mi abuela le preguntó: "¿Qué pasa, Florentino?, ¡qué barbaridad!, ¿Qué le daría?", ya me preguntó y le dije: "¿Cómo le da eso?" Ya nada más estaban esperando a las nueve, a que abriera la farmacia de las hierberas, que estaba en el portal del centro, para comprarme algo, era la farmacia de Don Juan, pero primero me llevaron con el doctor y me recetaron unas cucharadas y todo para afuera, no se me quedaba nada, era una cucharada blanca tan fuerte, que me decía mi tía Lola, la hermana de mi mamá, que por más que lavó la ropa, nunca se quitó la mancha y por más fuertes que fueran las cosas que me daban, no se me quitaba. La enfermedad, duró quince días y seguía, pero entonces un día como Lola vendía

carbón, una señora que fue a comprar le preguntó: “Ah, ¿tiene enfermita?” y le dijo mi tía: “Ay, señora, tengo una ahijada, que le dio sarampión y no la supieron curar y recayó, lleva quince días sin dormir ni de día ni de noche, no le podemos quitar un dolor, ya no lo aguanta”. Le dijo: “Ni se lo van a quitar, si quiere quitárselo, váyanse a buscar unos ixtles de los que le prendieron al Señor del Calvario, ahora que acaba de pasar la fiesta, recójalos y tráiganse la hierba de flor de cinco llagas y junto con el cuete quemado, háganle unos teces y dénselos a tomar a fuerza, que se los tome, sabe feo por la pólvora, pero se lo tiene que tomar”. Mi tía Lola fue corriendito y por allí encontró los cuetes y los trajo, ya mi abuela había puesto una olla de agua y ¿cómo crees?, que sí se me quitó el dolor como a la hora, decía mi tía: “Yo creo que la Virgen de Guadalupe vino a traernos este mensaje”, porque yo estaba en un grito, en quince días no había tomado nada ni había dormido nada, ya estaba como cadáver y ya con eso, se me fue demenorando el dolor, no me quería mover porque creía que si me movía, me volvía a dar el dolor. ¿Qué sería?, quién sabe.

## VI. A PAN DURO, DIENTE AGUDO

Me fui después para la casa de los patrones de mi abuela y ya allí me quedé hasta que iba a cumplir quince años. Cuando se murió tu abuelita, la mamá de tu papá, que se llamaba Mercedes, acababa de venir Lola mi tía, la hermana de mi mamá, a México y nada más de pura onda, le dije: "Ay, tía, dígale a mi tía Esperanza, que era la otra hermana de mi mamá, que me consiga un trabajo en México", entonces me dijo: "¿Cómo te vas a ir? ¿Quién me va a ayudar a peinar a los muchachos, Manuel y Rafael y Concha chiquita?", todos ellos eran sus hijos. "¿Quién va a vender el carbón?", yo le dije: "Lo siento mucho, pero ya no puedo estar aquí", la hija de mi madrina María, Laura, andaba de celosa conmigo porque no quería que yo le fuera a quitar a Miguel su marido, él me enseñó a planchar y me dio unos coscorrones un día que era la una del día y en lugar de que su mujer le hiciera el desayuno, quería que yo se lo diera, yo no sabía hacer nada más que tamal y tortillas y por eso se enojó, quería chile con huevo, me dijo cómo cocinar, porque a fuerzas lo tenía yo que hacer. Lo hice rápido, porque como vendían carbón, había muchísima lumbre, asé los tomates y los chiles, saqué un sartén, le puse aceite y le eché los huevos y el chile. Ya que acabé me dijo: "¿Mucha flojera no?" No era flojera, era que no sabía hacerlo. "¿Tú crees que él se iba a fijar en una pobre mugrosa?", ella era de mal corazón, y yo ya estaba cansada y aburrida de vivir allí y me dijo mi tía: "Le voy a decir a tu tía Esperanza, que te consiga trabajo, pero te encargo a los muchachos". Lo que es la vida, uno de ellos, Manuel, llegó a ser presidente municipal, se lo jaló el mismo Nando, el que repartía

el trabajo en el campo y que después fue agrarista; se quedó con parte de la hacienda donde trabajaba mi papá, ellos sacaban pulque en otra hacienda para vender y de eso vivían ellos. Tenían su casa en Huichapan, pero nada más le entraron al agrarismo, iban y sacaban pulque de muchos lugares y como había mucho maguey, sembraban y sembraban al máximo esos magueyes y sacaban mucho pulque.

## VII. CON PAN Y VINO, SE ANDA EL CAMINO

Entonces yo llegué a los quince años, como te platicué, hacía poquito tiempo que me había dado sarampión, era 1940; un día mi tía Lola me preguntó: “¿Y no te volvió a dar ese dolor tan terrible?” No. “¡Qué bueno!, ¡qué bueno!” me dijo.

Mi tía que estaba en México, me mandó llamar y me vine, desde mi casa mi papá me fue a dejar a la estación y al llegar, me iba a ir a esperar mi tía Esperanza. Cuando me vine para acá, entre tanto y tanto, a los quince años, pienso yo que fue una pura chiripada, que mi tía Esperanza me haiga traído, porque mi tía Lola no quería. Ella ya nada más con mi papá, me echó en el tren, así le habían dicho, que me llevara al tren y que me pusiera un papel de china blanco. Me dijo: “Cuando llegues a México, se va a bajar toda la gente y tú la sigues, si no, de todas formas tu tía va a subir al tren, pero no dejes tu papel, no traes ropa, sólo traes una red”. Le hizo unas enchiladas a mi tía, además, así frititos en manteca, unos nopales y unas gorditas, eso traje, no traía otra cosa. Yo sí la conocía, porque cuando se murió mi abuela Juanita, fue a Hui-chapan, sabía que era una güera con una trenza gordota. Andaba ya metida entre la gente, me andaba buscando y me dijo: “¿Eres tú, Rosa? Soy Esperanza, hermana de tu mamá” y me preguntó por Lola; en ese momento dijo: “Vámonos ya”.

## VIII. LAS PENAS CON PAN SON MENOS

Mi tía mandó a Arnulfa, que trabajaba con ella de cocinera en casa de tu abuela Mercedes y también había trabajado en la hacienda de tus abuelos, para ver adónde me colocaba, si con unos ingenieros o con unos sastres, pero con los sastres no le gustó, porque preguntó cuál era mi cuarto y dónde me iba a quedar. Yo ya no buscaba cómo, sino dónde, a mí que me dejaran donde fuera; ahí me tenía que quedar en un catre, un lugar rete feo, aunque yo no le veía, pero era por la calle de Dolores, muy cerca de la iglesia, pero a Arnulfa no le gustó y dijo que le iba a preguntar a mi tía y solo les dijo: "Ahorita regreso" y saliendo, me aclaró: "¡No. Qué te vas a quedar aquí!, parece nido de ratas". Entonces me llevó con unos ingenieros, estaba junto de donde vivía tu abuela Mercedes, la mamá de tu papá; había una entrada como de dos o tres pisos, que eran unas oficinas, y allí si le gustó a Arnulfa; en esa casa, se llamaba Natividad la nana. Al llegar, le dijo Arnulfa: "Oye, Naty, te traje a la muchacha que me habías encargado". "Sí", contestó, "ahorita le aviso a la señora" y ¡sí que necesitaba a alguien!, y como ya era tarde, ya dijo ella: "Se la dejo entonces, Naty". Ya me quedé, me subió para arriba, me dijo dónde me iba a quedar en la noche, con una de las muchachas y ya de día iba a estar entre todos. La señora dijo que me quería para la cocina, ¡santo Dios!, yo le dije que de cocina no sabía nada, pero me contestó: "Aquí es muy sencilla la cocina, yo creo que es más sencilla que en tu casa". "Uy sí", pensé, y ya me enseñaron donde quedaba la entrada. Al otro día, al levantarme, me dieron a los niños para que desayunaran, tenían su cuarto especial que daba a la calle,

donde había como una tarjea, como alberquita seca, donde les tenían todos sus juguetes amontonados a los niños, para cuando querían jugar; los echaban allí a los tres, porque no los querían ver en la cocina, porque me contó Natividad que el de en medio se quemó un día que el niño quería su leche y Naty, de metiche, se metió a la cocina con él y se le atoró la olla con el agua hirviendo y se le cayó al niño, ella ya no sabía a qué santo encomendarse para que se aliviara, porque para ella iba a ser un remordimiento muy grande; todo el niño estaba fruncidito y ella le ofreció al santo Niño del Fresnillo, que si se aliviaba, ella lo iba a visitar. Cuando yo llegué, ella acababa de llegar de Fresnillo, ya entiendo por qué le preguntó Arnulfa: “¿Cómo sigue su niño?”, y por qué Naty le contestó: “Mi niño va muy mejorado”. A ése también le habían recetado baños de sol con agua fría, le habían dicho que cuando calentara el sol, le dieran una regada al pasto para que él se revolcara y que encarnara rápido y se veía rete feo, todo fruncidito, pero le dijeron que tampoco le calara el sol. Además de hacer eso, ya después, se dedicaban a los dos niños que tenían; una nana entretenía a los niños y otra les lavaba y les planchaba, la de día se tenía que dormir con ellos en la noche también. Allí me fue muy bien, pero un día Arnulfa engañó a la señora —que por cierto, estaba medio trastornada porque cuando estaba en la primaria se mataron sus dos papás y sólo le quedó un hermano—, ella le dijo que había hablado mi mamá porque se iba a aliviar de uno de mis hermanos. ¡Pero cuál aliviar!, pero yo mejor no decía nada, y entonces la señora dijo: “Sí, se la presto, pero me la trae y si no puede haber nadie que la traiga, ustedes me dicen y yo voy por ella”, ¡pero cuál!, ya no volví, porque me vine con tu papá. Me contó Arnulfa que tu papá le dijo: “¿Tienes alguna sobrina para que venga a trabajar?” Sí —le dijo— apenas llegó, le reclamó diciendo: “¿Por qué la andas metiendo en otro lado, si sabes que necesito a alguien que vaya a ayudar a mis suegros?”

## IX. DICEN QUE LA MEJOR MEDICINA, ES LA COCINA

Así fue que llegué con tus abuelos, los papás de tu mamá. Cuando toqué el timbre, frente a una casa que parecía un castillo, vino a abrir un hombre ya muy mayor que caminaba con dificultad. Yo le dije que era la persona que recomendaba el yerno de los señores y que acababa de llegar del estado de Hidalgo.

Me hizo pasar por un patio enorme que tenía un piso de color rojo. De un lado, vi que salía una escalera grandísima de piedra blanca y negra, que terminaba frente a unas puertas con vidrios que tenían como paisajes de muchos colores. A los laditos de esa escalera, había otras dos escaleras que se metían para abajo. Como nunca había visto algo así, a mí me daba hasta miedo ese lugar tan grande adonde me iba a quedar, pero no me podía ni distraer porque no tenía que dejar de seguir al hombre aquel que me había abierto la puerta, que iba bien rápido, dimos la vuelta a la parte de atrás de la casa donde había una escalera y allí subimos para ir a la cocina.

El hombre se acercó a la que parecía ser la que mandaba a las demás y le dijo: "Víctor, es la niña que estaban esperando". "Gracias, Don Jesús"; y así supe cómo se llamaba. "Pásale, mira qué flaca y desmejorada estás, ¿te llamas Rosa, verdad?, bueno, ponte un delantal y ayúdale a Margarita a moler en el metate." Yo, para mí, pensé: "Ya me volvió a tocar en la cocina, ¡qué mala pata!"

Al ver la cocina tan grande, se me olvidó hasta el miedo que traía y la tristeza por haber dejado a mi familia, pude verla bien, había una estufa de doble bracerero, era de fuego de leña o carbón,

grandotota, donde ponían unas ollotas y se hacía un fuegazo como de rancho; había otras estufas que quedaban enfrente, esas decían que eran de gas y que eran muy potentes, también grandotas, donde se sentaban unas cazuelotas para hacer los guisados, que parecían barriles.

Al día siguiente me di cuenta que en la cocina se empezaba muy temprano, como en el campo, había que preparar las botellas para los niños que eran bebés y el desayuno para los niños más grandes que se iban a la escuela, también para el señor y la señora de la casa. Apenas iba entrando y me mandaron a preguntarle al señor qué era lo que quería desayunar.

La casa era como un laberinto, tenía que bajar tres escalones para atravesar varios cuartos y llegar a una sala en la entrada, donde había un cuadro de un anciano bajando las escaleras, que parecía de verdad; allí estaba un hombre mayor que leía el periódico y escuchaba. “¿Quién eres?”, me dijo. “Soy Rosa.” “Y ¿cuántos años tienes?” “Quince”, le dije. “¿Cuándo llegaste?” “Ayer”, respondí. “Y... ¿qué quieres?”, me dijo. “Me mandan a preguntarle qué quiere de desayunar.” “Diles que preparen unos huevos, chocolate y como siempre que pongan pan dulce.”

## X. DESDE LOS TIEMPOS DE ADÁN, UNOS CALIENTAN EL PAN Y OTROS SE COMEN EL PAN

A mí me tocó servir el desayuno en un comedor enorme, que estaba entrando, entrando, después de la cocina. Apenas y podía con las charolas, me tuvo que acompañar Lola, no mi tía, sino otra de las cocineras, que además era hermana de Victoria, pero le decían Víctor, para ayudarme a poner las cosas encima de la mesa donde ya estaban los patrones.

Una vez que terminaban, tenía que recoger los platos y llevarlos a la cocina para lavarlos, pero allí sí había harta agua y mucho jabón, no como en mi pueblo, así que no me costó trabajo y ya para entonces, estaba la señora de la casa, Doña Josefina, disponiendo lo que se iba a hacer de comer y escribiendo en un papel lo que se tenía que comprar con todo y cuentas.

Me parecía que la que tenía que ir al mercado era Doña Margarita, a la que le ayudaba yo a moler y sí, no me equivoqué, porque Doña Víctor, la cocinera principal, me dijo: "Rosa, ve con Margarita al mercado para que vayas conociendo cómo se compran las cosas". Así que salimos atravesando otra vez ese patio por el que había entrado y pasamos por el portón.

En la calle había muchos coches que casi me atropellan, en el pueblo yo nunca había visto tantos coches, como me volteaba todo el tiempo por estarlos viendo, Doña Margarita me decía: "¡Niña, fíjate por dónde vas!, te van a atropellar".

Entramos al mercado, pero no era tampoco como el que conocía, había harta gente y muchas cosas que comprar, allí había

de todo. Primero fuimos a comprar la carne, luego compramos muchas verduras y de fruta, unos mangos, ¡madre mía, santísima de Guadalupe!, eran para los niños, pero ¡qué mangazos!, ya casi no podía con la canasta. No sé cómo le hacía Doña Margarita que estaba bien flaquita, para cargar todo eso. Dicen que cuando era mucho lo que compraban, a fuerzas iba Margarita con Guadalupe, el chofer, en coche, porque nadie podía con la canasta. Cuando terminamos nos regresamos a la casa.

Llegamos y dejamos todo en la mesa de la cocina, ya para entonces Doña Víctor y Doña Lola, las dos cocineras, habían empezado a hacer la comida, habían picado cebolla, jitomate y estaban friendo cosas en unas ollas de barro.

Me mandaron a la despensa, que estaba más para adentro de la casa, a buscar harina y chocolate; era un cuarto donde se ponían todos los platos y todas las cazuelas para las cocinadas. Había muchos platos, vasos y cosas de comida; de allí, salía una escalera de madera que tronaba cuando uno la pisaba y que decían que iba a los cuartos del sótano. A mí me parecía todo muy enorme.

Margarita era la del mandado y les acarreaba todo a las Víctores (Víctor y Lola), pero decía que la trataban retomal, como quien dice: "En todos lados se cuecen habas y en mi casa a comaladas". Un día me contó que cuando eran chiquitos los niños, le escondían la comida, todo le recogían, entonces yo le decía: "¿Por qué no le dice a la señora?" "Es que no quiero problemas", respondía.

Como no quería problemas, entonces lo que hacía era que cuando iba al mercado, compraba lo que quería comer y lo guardaba en su cuarto y se lo comía ahí, para no molestar a sus hermanas, porque ellas dos, eran sus medias hermanas. Además de ellas, tenía otra que se llamaba Luciana, que ya se había muerto. Era la hermana a la que decía que había mandado al infierno, porque todas las noches decía que ya era un aburre, en la escalera de la cocina, la veía que pasaba como una sombra que se metía al

fondo, como ya estaba hasta el tope, un día agarró una bandeja de agua y le dijo: “¡Toma, desgraciada, refúndete en el infierno!”, órale, que le echó una bandejada de agua y jamás la volvió a ver, de seguro Luciana quería que la perdonara y a ella siempre le quedó ese remordimiento. Se fue a confesar y le dijo al padre: “¿Usted qué dice, padre?, mi hermana ya no me volvió a salir”, él le dijo: “¿Cómo te sale, si ya está en el infierno? Es que quería tu perdón, no que le aventaras agua, pero tú le aventaste agua, pues claro, ya se acabó”.

Allí se hacía la sopa de elote, lo malo es que nunca me fijé yo, cómo la hacían, después de colar el elote, le ponían leche y crema; nunca vi si le ponían ajo, pues me ponían a hacer otras cosas y cuando miraba, las Víctores ya estaban moviendo las ollas, pero era entre dulce y saladita riquísima. Ponían a Margarita a moler los elotes en el metate, ¡pobrecita viejita, jorobadita!, se agachaba para hacer la sopa, eran cazuelas y cazuelas de elote o molía el jitomate en el metate, ya tenía ochenta y tantos años y molía rebien; eso sí, tenía un metatote rebueno y nadie lo agarraba, nada más ella; ni lo podía mover, tenía que ver a Nieves, otra de las que ayudaban, para que lo moviera y también cargara la bandeja.

Era tan buena para moler, que sólo con la puntita de los dedos agarraba la mano del metate y molía, no agarraba el metapil con la manos juntas, sino separadas, su metate era un señor metate y tenía hasta su cojín donde se hincaba para moler y enfrente ponía su batea de madera, la llenaba, la vaciaba y la volvía a llenar. Las Víctores se encargaban de colar lo que salía y lo cocinaban.

Cuando terminaban la sopa, el mozo era el que movía las ollas grandes, porque nadie las podía mover, ¡pesaban muchísimo! Las dos Víctores eran enclenques, y cuando estaba la sopa o el guisado, avisaban para que las fueran a quitar del fuego. Hum, hacían también unos consomés de borrego, no sé qué tanto le ponían, garbanza, arroz, verduras y zanahorias, era un caldo muy rico, ¡Ay! y además hacían en esa casa unas tortitas de papa riquísimas, que

nunca las he podido hacer, nunca me han salido, guisaban riquísimo, pero allí guisaban con manteca. Ahí, lo que quería la gente, eso le daban. Al final se hacían unos postres, como la cocada, que una vez en el platón, se quemaba con una plancha ardiente para que quedara bien dorada, el que me costaba mucho trabajo ayudar a hacer, era el dulce de camote porque saltaba mucho y me quemaba.

En la tarde Doña Margarita cuidaba a los niños que le tocaban, se sentaba en los escalones y los entretenía, también Doña Víctor jugaba, pero con los otros niños que le tocaban a ella. Todos andaban por el patio y desde allí andaban corre y corre por toda la casa. No me cansaba de ver todo lo que hacían ellos y sus sonrisas y gritos de felicidad, a mi me daban ganas de ponerme a jugar como ellos, sobre todo cuando jugaban a las escondidillas por toda la casa o subían a una terraza a la que se llegaba por una escalera desde el patio, porque ahí había una fuente que tenía unos sapos verdes alrededor y unos como mosaiquitos azules y blancos que me gustaban mucho. Un día que subí, de ahí vi dónde estaban los cuartos de Doña Víctor y Doña Lola.

Cuando llegaba la hora de la cena, preparábamos arroz con frijoles y les dábamos a los niños, café con leche y conchas. Las nanas los bañaban, los acostaban y se quedaban con ellos hasta que se dormían. Primero bajaba Doña Víctor a lavar botellas y poner las del día siguiente y Doña Margarita se quedaba hasta que ya no había nadie para lavar las que le tocaban a ella; yo me quedaba con ella para acompañarla, porque como me había contado lo de la aparición del espíritu de su hermana muerta, que venía todas las noches y la espantaba, yo por si las dudas, no me quedaba sola ni un ratito y mejor me quedaba con ella para que nos fuéramos a acostar a su cuarto.

Los días se me pasaban muy rápido, ya cuando acordaba era domingo, que era el día que siempre había muchos invitados, porque se reunía toda la familia. Ese día si era como un restaurant,

porque servíamos mesas sobre mesas y más mesas, eran trastes y más trastes, salía muchísima vajilla.

Ese mismo día conocí las dos salas de la casa, que se abrían cuando repicaban fuerte, que era en las grandes fiestas y decían que también en Navidad. Vi que a los cuartos los iluminaban dos grandes lámparas que les decían candiles y era, vaya, como un sueño, se veía todo bien bonito.

El domingo, a los niños los arreglaban bien chistoso, les ponían calcetines y zapatos, yo en el pueblo no me ponía nada, o solo me ponía huaraches. A la hora de la comida, los problemas entre ellos empezaban cuando llegaban al comedor de los niños, ahí se dejaba ver que había diferencias. Como Doña Víctor era la más importante, les servía primero a los niños que cuidaba ella y les daba los bisteces más grandes y mejores, además debajo del arroz, les escondía un huevo estrellado, los demás se quedaban sorprendidos porque no les tocaba lo mismo. Además Doña Víctor también tenía en la casa una como tiendita en una repisita con vidrio que se llamaba el "Fiambre", entonces les daba a sus niños todos los dulces que querían. Los niños que cuidaba Doña Margarita no tenían lo mismo; era muy calladita, pero siempre estaba al pendiente que los niños comieran y se portaran bien, que no fueran groseros. La veías siempre con su pelo lleno de canas recogido en un chongo, su vestido negro hasta el suelo, su delantal de cuadritos negros y blancos y era como una sombra al pendiente de todo.

Hasta la segunda semana subí al segundo piso por una escalera altísima de madera. Había muchos cuartos y baños. De allí también se podía subir a un cuarto que había en el último piso, que le decían el manzar, por otra escalera larguísima de caracol, que iba desde el piso de abajo y en total tenía tres pisos, pero estaba por la parte de afuera, allí guardaban muebles que ya no usaban y muchas cosas viejas. Cuando fui, me fijé si había sartenes o algo que pudiera servir en la cocina.

Lo que me faltaba conocer eran los sótanos, allí fui con Don Jesús, el que me abrió la puerta el primer día, él me abrió un cuarto donde estaba el despacho del patrón, como no estaba, pude ver un escritorio de madera con muchos papeles y también un cuadro de caballos enfrente, uno que le dicen perchero, una silla y ya no me dejó ver más porque me jaló, fuimos a otros cuartos que tenían más muebles, y al final me dijo, que en uno de los cuartos de abajo, se quedaba Nieves, la que ayudaba en la cocina, con sus dos hijas y su esposo Guadalupe, que era el chofer, él se daba abasto a trabajar de día con los señores como chofer y en la noche manejaba una ambulancia de la Cruz Roja. Ella planchaba además unos manteles, que se ponían en la mesa del comedor y que había visto al servir las mesas, los dejaba reteelegantes, si uno los aventaba, ¡quedaban parados!, hasta tenía unos cazos para hervir el almidón. Eran manteles muy elegantes, ¿a quién se le quedarían?, sólo sé que las vajillas que había se las repartieron entre los hijos. A la hija mayor le tocaron unos platos muy finos, que después volvió a heredar su primera hija. Después salimos por una escalera del otro lado del sótano, que estaba justo junto a la escalera de fierro que subía a la cocina.

## XI. EL OFICIO QUE NO SE COME, OTRO LO TOME

Toda la batalla se me acabó, hasta cuando llegué con tus papás, eso fue cuando se casó la hija mayor de tus abuelos con tu papá. Me la pasaba bien contenta corre y corre todo el día, me la pasaba bien feliz.

Cuando se casaron hicieron una señora fiesta; el comedor de la casa de tus abuelos, el patio y el comedor de los niños, estaban llenos de gente muy elegante por todos lados. La novia estaba guapísima, decían que como eran tiempos de la segunda guerra, la tela del vestido de la novia tuvo que ser imitando la seda, porque no había natural, yo no entendía de eso, solo veía que brillaba y la cola de su vestido era enorme. Doña Margarita me contó que se casó con el hijo de un hacendado de Hidalgo, que conoció cuando ella fue a pasar unos días de vacaciones a la hacienda, porque la hermana del novio la había invitado y ahí se conocieron. Yo ya sabía quién era, nada menos que el hijo del patrón de mi tío con el que me regalaron. Como era la primera hija que se casaba, les pidió a sus papás que me fuera con ella para que le ayudara a hacer la comida, así que me fui con ella a otra casa a Mixcoac, que decían que quería decir lugar de víboras, ¡Santa Madre de Dios!, y con lo que me chocaban a mí esos animales.

Y como te decía, ya llegué con tus papás y era otra vida, también había harto de comer diario, una caja de pan de la Conasupo con la que hacíamos molletes, sopa, eso que se hace con piloncillo y pasitas, ah, sí, capirotada, comíamos como niños de hospicio.

Arnulfa que ya había dejado la casa de tu abuela Mercedes y estaba con tu papá, me decía: “Cómo tragas, ¿dónde echas todo?”, pues en la barriga, porque comía muchísimo y ella ¿qué tenía que repelar?, si no repelaban los que les costaba, ella ¿por qué?, allí sí me cambió la vida, era otra cosa, porque yo allí estaba feliz todos los días, me llevaban a misa todos los días, tenía buenos desayunos, buenas comidas, yo que había estado donde no había nada y allí había tanto...

Cuando llegué allí, además de Arnulfa, ya también estaba mi tía Esperanza y otras tres muchachas: Carmen, otra Rosa y su hermana y no se daban abasto, tenían el lavadero lleno de pañales, no sé si no las sabían organizar, o no lo sabían hacer. Me dijo tu mamá que tenía que hacer la cocina, ¡Ave María purísima!, como dijera: “Dios, ¿por qué me has abandonado?”, no sabía ni papa y ¡en todos los lados me dieron la cocina!, le dije que yo de cocina no sabía nada, pero ella me contestó que me iba a enseñar Arnulfa, porque había sido la cocinera de su suegra, pero era tan cascarrabias, que tantito te decía y tantito se hacía la sorda, era buena onda y al mismo tiempo bien condenada; le preguntaba cómo se hacía esto, como se hacía lo otro y casi ni me hablaba, entonces para que se fuera, le decía Esperanza: “Arnulfa, vaya y cuide al niño”, para que mientras, ella me explicara. Me ponía las cositas que se iban a usar en montoncitos, si era pimienta, clavo, que si era sal, yo no sabía nada y entonces ya ella me decía y siempre comentaba: “No le preguntes, yo te digo”. Por ejemplo, si tu mamá me decía: “Haces albóndigas”, casi siempre hacíamos carne molida, mañana hacemos un niño envuelto, o pacholas, le preguntaba cómo se hacían y ella me decía: “¿Sabes moler en el metate?” “Sí”, “entonces traite la carne” y ya ella le agregaba todo lo que llevaban: pan, huevo, pimienta, lo que fuera a hacerse, y ya le preguntaba: “¿Y cuáles son las pacholas?” “Tú nada más dale una molidita a la carne y ahorita vengo” y así ella me ayudaba y yo la ayudaba.

Se hacía la carne con muchas verduras, iba muy tempranito a traerlas, como no había mercado, compraba en los puestecitos que había; tú ibas y agarrabas tu montoncito de las verduritas y era un centavo o dos, a mí me daban diez pesos y con eso traía hasta fruta, carne, sopa, todo era de centavo, dos centavos, cinco centavos; ya hacíamos las albóndigas, pacholas o hamburguesas. Después ya sola, me las arreglaba, nada más me decía qué era lo que tenía que hacer y hacíamos hartos frijoles, sopa de caldo de frijol, sopita de papa molida o en tiritas y sopa de avena, todo era muy fácil y luego decía tu mamá: “A ti te toca lo fácil y a mí lo difícil”, porque le gustaba mucho invitar a la gente y entonces ella cocinaba.

En las mañanas nos levantábamos temprano, mi tía Esperanza, desde las cinco de la mañana ya estaba lista para recibir las cajas de pan, todos los días esa era la devoción. Igualmente en las mañanas, a las cinco, Esperanza se levantaba a barrer la calle y no había todavía ni pavimento, tu papá a veces salía, le gustaba hacer juna polvadera!, tu mamá le decía: “¿No te da pena salir a barrer a la calle?” y le contestaba: “No, esa no es pena”, no quería que saliera por un viejo loco que lo había amenazado que lo iba a matar. Pachis la costurera, le decía a tu mamá: “No te preocupes, perro que ladra, no muerde”, pero a mí sí me daba miedo, porque se levantaba temprano y no había nadie en la calle, además todos los días como se hizo muy amigo del padre, a las seis de la mañana llegaba con un ejército de chamacos y luego muchas veces lo invitaba a desayunar, a comer, cenar o lo que fuera.

De desayuno hacíamos molletes con harta crema y los niños tomaban harta leche, lo bueno es que junto había un establo. Temprano hacíamos lo que al señor se le antojara, como chilaquiles con hartos queso y harta crema. Tu papá mandaba hacer unos molcajetitos, que eran unas bolitas de masa, se les hacía un hoyito y se rellenaban con un poquito de crema, salsita y los metíamos al horno y hasta salían hirviendo, les poníamos crema, bien buena,

porque descremábamos la leche y salían unos molcajetes bien ricos, esos ya los teníamos que tener preparados con rajitas y pollo o con carne y jitomate. A todo le poníamos crema o nata encima; por ejemplo, cuando querían frijoles, se hacían frijoles refritos, muchos, no creas que poquitos, porque en total eran ocho, era mucho lo que se hacía, además se les ponían sus tostadas con queso y crema.

Cuando veníamos de la iglesia, ya teníamos todo preparado, la leche en la lumbre, para llegar y luego, luego, prenderle para los molletes o lo que tomaran, no tomaban leche fría, tomaban su tacita de chocolate porque así les enseñaron. Todos los días era diferente.

Cuando estaban tus papás y con todo preparado, a servir, porque tus hermanos desayunaban a las siete y a las ocho ya estaban en la escuela. Esperanza ayudaba en la cocina, ponía la mesa, la servía, le daba de desayunar a los chiquitos y yo le despachaba la comida desde la cocina.

También en la mañana poníamos la leche fresca en una olla y en la tarde la descremábamos y poníamos esa crema en un plato, ya cuando se juntaba mucha, la batíamos y hacíamos mantequilla.

Como el refrigerador era de hielo, todos los días como a las doce, pasaba el camión del hielo y dejaba un pedazote que poníamos en el refrigerador para que enfriara los alimentos, así que todos los días se tenía también que ir a comprar lo que se ofrecía.

A medio día debíamos tener la comida lista para cuando llegaran tus hermanos, pero entonces, le tocaba a la señora, porque los antojitos sólo eran en la mañana y en la noche. Para la comida era muy sencillo, solamente se hacía sopa aguada de lo que fuera, había veces que hacíamos migas de sopa y si no, una sopa de avena cuando se hacía carne cocida. Tus hermanos salían a las doce y tu hermana a la una, se iba Esperanza volada a dejarle de comer. Eran unas carreras terribles, Julián el mozo iba por los muchachos y yo por tu hermana, ellos después regresaban a la escuela y volvían a salir a las cinco de la tarde.

En cambio, al señor se le hacían muchas cosas porque era muy antojadizo, le daban algo de comer en la calle y cuando llegaba, quería que se lo hicieran, un día le dieron unas chuletas de puerco que eran muy sabrosas. Se ponía a cocer la papa, se aplastaba como para un puré con su sal y lo que le quisieran poner y luego se les daba una vuelta en el sartén con ajo y cebolla. Se tomaba una parte de esa masita como una tortillita, de ahí se envolvía como una torta entre papa y papa y en medio la chuleta y se freía como si fuera un chile relleno, además se preparaba su caldillo para que cuando se sirviera estuviera caliente: decía él que era una cosa muy buena, a nosotros nos salió una cosa muy barrigona.

Nosotras, las de la cocina, no teníamos que ir a comprar las papas porque había costales de papas, de otras verduras y hasta salsifices, a mí me daba una flojera hacérselos, esos los ponía yo a cocer con sal; al niño más grande le gustaban mucho y se los hacíamos, ya nada más los pelábamos con todo y todo, era muy fácil y ya luego se echaban en huevo, en pan molido y quedaban muy sabrosos, eran muy ricos, pero a mí me no me gustaba hacerlos porque eran muy tardados.

Luego, luego de la comida, lavaba los trastes, Esperanza hizo un trato conmigo porque ¡ay cómo salían de trastes!; el fregadero era como un pozo, hacíamos una pila, les poníamos harta agua y más agua para que se remojaran y Esperanza les daba una zangoloteada, los lavaba rápido y los ponía en el escurridor, ya nada más acababa de comer. Esperanza me ayudaba, lo que sea, era muy ayudadora y lo hacía porque quería terminar temprano por las telenovelas, porque empezaban desde las tres y las oía en el radio, se la pasaba cuidando el reloj que estaba en la casa, era un reloj bien bonito con un sonido en el comedor y ese sí daba bien las horas, pues allí las contaba, veía qué horas eran y me decía: “Ya son las tres, me voy a planchar y no se te olvide, a las cuatro, vas a recoger a la niña”, entonces yo me tenía que ir de la cocina

a las cuatro, pasara lo que pasara, así nos organizamos. Después iba a recoger a la niña mayor de la escuela, ya era cosa de que la tenía que traer a las cuatro, pero en lo que formaban a las niñas, daban las cuatro y cuarto cuando te daban a tus chamacas, si la tenía que llevar al dentista ya nos íbamos directo y si no, me venía a la casa después del colegio.

Todos los días en la tarde iba a la tienda a comprar dos tablillas de chocolate, las de la tienda ya me conocían. Me llevaba al último de los niños, pero siempre quería que le comprara algo, un día quería que le comprara un dulce a fuerzas, pero a fuerzas, y pegaba y gritaba, las de la tienda lo regañaron y le dijeron: "No te tienes que portar así con ella, porque es tu nana", él decía: "No es mi nana"; otras veces ellas le regalaban una paleta y le decían: "Ahora que no viene de malas el niño, te la regalo", o si se portaba mal, le decían: "Te quería regalar esto, pero a los niños de malas no les regalo nada". Y lo peor era que nada más me espiaba para llevarlo.

Tú también me cuidabas la canasta del mandado para ir conmigo, cuando iba al mercado, porque te gustaban mucho las fotografías. Yo me quería meter entre la gente para que no vieras a los fotógrafos, pero decías: "¡Yo quiero una foto!", entonces el fotógrafo decía: "Sí, le sacamos su foto a la niña y yo se las llevo, porque todavía ahorita, no está". Los señores grandes, mis anteriores patrones y abuelos tuyos, cuando iban, se llevaban muchas fotos, y hasta me preguntaban: "¿Ahora no se ha sacado fotos, Rosa?, cuando se las traigan nos guarda una".

En ese entonces no había súperes ni cosas buenas, como hay ahora, en ese tiempo no había nada, si tú no hacías tus cosas, no te las comías. La señora por ejemplo, compraba pollito y lo metíamos al horno con un puré de papa o papas francesas, en lugar de los pollos rostizados de ahora, o hacíamos un rollo de carne o bisteces molidos en el metate que son las pacholas. Ésas se hacían en metate, había un metatote y se hacían allí, bien molidas

y quedaban como del tamaño de un bistec, como yo no sabía tantear, me decía Esperanza o Arnulfa, cualquiera de las dos, las cantidades para que yo las hiciera. Ahora todo es más fácil.

Esperanza, en los comerciales de las telenovelas, bajaba de su cuarto a poner la mesa; me decía qué tenía que hacer yo, y se volvía a subir a su cuarto; ya cuando llegaba a la cocina en la noche, vaciaba las cosas calientes, de lo que yo había cocinado, en los platonos y ¡a acarrear para el comedor!, ya para entonces, yo ya había ido a traer el pan. Sólo cuando iba con la niña mayor al dentista, cuando llegábamos, ya Esperanza estaba empezando a hacer la cena, en la que tenían que estar todos juntos y si uno se había ido, lo esperaban, porque tus papás querían que cenaran todos juntos para ver que comieran, pero antes de cenar, ya habían hecho su tarea y se los agarraba parejitos a todos, por eso cuando entraste a la escuela ya sabías leer y escribir.

Y ya al final del día, a mí me tocaban los perros, en ese entonces no había comida para perros, pero no faltaba qué darles, lo que sobraba en la mesa se los dábamos. El perro que tenían tus papás, se llamaba el King, pero el pobre se murió, era muy simpático, me acuerdo que un día cuando salía el coche para afuera, estaban el perro y uno de tus hermanos junto con él alzando la cabeza y se veían iguales en tamaño. Una mañana, ese mismo hermano le echó una tabla que habían puesto de madera, le cayó al pobre en una pata que tenía salida y de eso se murió, lo tuvieron que sacrificar porque ya no se aguantaba.

A veces me tocaba ir varias veces a la calle, lo más chistoso fue cuando tu hermano, el cuarto, él caminó hasta los tres años y lo traía yo en la calle y un día se me soltó caminando y que se quería regresar de emoción que caminaba ya, pero caminaba como borracho, caminaba y se caía, caminaba y se caía y la banqueta estaba refeá, puras piedras y entró reteemocionado, que ya sabía caminar; entré y le dije a la señora: "Señora, ya camina el niño". "Ah, qué bueno" y no paraba, lo tiraba el perro King y se

levantaba. Ya después, tu mamá se dio una enfermadura, quién sabe qué le pasaría, que ni con médico, ni con nada se componía, la llevaba tu papá con muchos médicos y no y no y no, es cuando la iban a operar y le dio un paro y no, entonces ya no la quiso operar el doctor y la siguieron curando, curando. Antes daban como un polvito de colorante brillante, eso le recetaron y se compuso, porque no había chochitos y le daban una cucharada de eso, de esas botellitas, se lo recetaban y no sé si la estuvo curando un alemán o no sé qué; sí, sí, era alemán, porque cuando tu hermana te zafó el brazo, te llevaron con él, nada más te tocaban y gritabas como loca, tu papá casi se come a tu hermana, cuando se ofreció que te iba a cambiar, así como ahora tu nieta, que hay que cuidarla porque si le jalas, se zafa, te zafó tu brazo y estabas chille y chille; te llevaron allí y el doctor te arregló, dicen que te zafó el bracito y te lo acomodó en su lugar y ya nada más te puso algo ligerito, como una venda, pero te lo tenía que poner del otro lado, como una camisita, para que no se cayera tu bracito y eso costaba mucho trabajo que te lo quitaran y te lo pusieran y luego ya después que pasaron muchas cosas, tu papá organizó para que se recuperara bien tu mamá, un viaje a Manzanillo.

Tu mamá compró muchísimas cosas en ese viaje, y ¿para qué?, si se le echaron a perder casi todas. Antes había unas cajitas de la Sal de Uvas Picot, entonces yo iba a las carnicerías donde vendían el tocino, iba para que le acomodaran las tiritas. Para ese viaje, mató las palomas, el conejo y le decía a uno de tus hermanos que era chiquito: “¿Trajiste los cerillos y el comal?, bájate y tú vete a traer unas leñas para que calienten el comal”, tenían que llevar botes de agua para apagar bien la lumbre y para echarle agua al coche y donde veían agua, le echábamos. Llegamos hasta Pátzcuaro, donde tenían un pescado bien riquísimo, con esos chiles manzanos que no picaban, lo que se llama nada, nos sentaban aparte al chofer, a Esperanza y a mí; nos decía tu papá: “A ver, siéntense a desayunar, pidan lo que quieran” y le decía también

al mesero: "Me atiende a la otra mesa, porque es mi personal que traigo, lo que le pidan tráiganlo". Yo sí pedí pescado y me lo comí, a Esperanza le daba vergüenza comer, se llevaba un delantalazo de todo lo que le llevaban, todo se llevaba en su delantal y luego después, se lo comía. Luego le decía yo: "Por tonta está comiendo frío, si allá le estaban dando reterico, ¿qué le importa la gente?, tampoco la va a estar viendo la gente", cada quien comía como podía y como le da a entender, Dios, ¿por qué me va a dar vergüenza comer?, no, a mi tía sí le daba, era bien curiosa, por eso hay muchas conchitas adentro en la casa, porque me gustaba mucho cuando se iban y venían las olas, dejaban muchas conchitas y yo corría a recogerlas. Yo por eso conozco muchos lugares porque gracias a tus papás y a uno de tus hermanos, me llevaron a muchos lugares.

La vida se pasa muy rápido, hasta con los años, un buen día llegó un refrigerador eléctrico marca Hoover y se tiró el de hielo y fue cuando nos dimos un gran susto. La casa no era tan grande como la de tus abuelos, pero sí tenía un patiezote enorme y jardín; las recámaras estaban alrededor de un corredor que tenía una fuente en medio. Lo más chistoso fue cuando el menor de los niños se cayó en la fuente. La señora se fue al centro y nos encargó mucho a todos; yo le decía: "Ya ni nos los encargue, porque lo más encargado es lo más olvidado", entonces yo estaba en la cocina, ya ni me acordaba del niño que era terrible, hasta después que fue Esperanza y me dijo: "¿No está contigo el niño?" No. Salió entonces al patio y estaba "grítalo y grítalo" y no lo encontraba, lo más chistoso fue que la fuente estaba bajando la escalerita del corredor y que no lo hayamos visto que estaba dentro de la fuente, como ni oímos ruido del agua ni nada... solo que salió corriendo Esperanza y dijo: "Vete corriendo a ver si alcanzas a la señora, a ver si se llevó al niño. En la calle había solo un camión de ida y de venida porque era de doble sentido la calle, todavía no estaba la avenida Revolución, sólo estaba la calle de Sagredo, pero ni tráfico

había, no había nadie, pero yo corre y corre, no como ahora que ya no me puedo mover, y como no vi a nadie, me regresé, yo no me bajé al patio porque estaba haciendo la sala, cuando salí, me fui a la cocina, en eso iba pasando y no sé cómo vi el abriguito, era amarillito como de patito y lo veo que iba encima del agua, ¡con tanto frío!, le grito: "Esperanza, que aquí está el niño dentro de la fuente". "¡Jesús, María y José!", lo metió a la recámara, le quitó la ropa. "¡Ay, Jesucristo de mi vida!", quién sabe qué estaba haciendo dentro de la fuente, yo creo que quiso agarrar los pescados y se fue para adentro, nadie se había caído más que él. Y ya después, llegó la señora y le platicó Esperanza: pensábamos que se había llevado al niño, porque no lo encontrábamos, donde que estaba en la fuente. "¿Cómo?", dijo ella. Lo bueno fue que no le pasó nada, si no, ¡ni me imagino lo que hubiera pasado!

Algunos días salíamos al campo, llevábamos muchas cosas, el día anterior, hacíamos dulce con membrillos, enchiladas, gorditas de nata, pollos cocidos y hasta frititos en manteca, bien acomodados, usando como siempre las cajitas de metal que se compraban en las farmacias, cuando llevábamos jamón o salami, allí lo acomodábamos. Cuando llegábamos al campo, la señora decía: "A ver hija ándale", tendíamos la mesa en el suelo con un mantel, porque sin mantel no se comía y buscaban una buena sombra. Yo me metía adentro de los bosquecitos, buscaba las ramitas para prender la lumbre y poner el comal para calentar la comida, pero con esos niños siempre pasaba algo. Un día fuimos a Chapingo, también allí otra preocupación, porque uno de los niños se cayó a un pozo de lodo, y ya se estaba sumiendo, Esperanza lo sacó, estaba jugando pelota y se hundió con todo y la pelota, lo jaló a la carrera y salió con un batidillo de lodo, ¡qué cosa más espantosa!, no le llevaban ropa, sólo sus pañales y sus mamilas, se fue el niño para abajo y en el vil pasto lo tiraron para quitarle la ropa, yo traía babero, me gusta muchísimo, porque te sirve para guardar muchas cosas, yo siempre llevo mi suéter y delantal, nos quitamos

los delantales, buscaron un charco de agua limpio, zapatos y todo le quitaron, lo bañaron allí, y la señora repreocupadísima, el niño se tragó el lodo y le dio una tifoidea, a pesar de que lo purgaron. Ya no se volvieron a bajar los niños del coche en todo el viaje, el que se cayó, solamente iba envuelto en los baberos.

Tiempo después, la niña a la que yo iba a recoger al colegio se casó y tuvimos que hacer el banquete de bodas que todavía recuerdo, eran casi trescientas cincuenta personas, hicimos consomé, pechugas de pollo con queso parmesano y de postre, un pastel de almendra. Los apuros que pasamos frente a esas ollotas, cuando casi llegaban los invitados y todavía la comida no estaba lista.

## XII. DICEN QUE UNA LEY VINO DE ROMA: EL QUE NO TRABAJE, QUE NO COMA

Ya después, en el sesenta y uno, me salí de casa de tus papás durante trece años años, y lo peor fue que yo ni le avisé ni a tu mamá ni a tu papá, nada más le avisé a Esperanza, porque pasó que se murió mi papá, que ya vivía en México con mi mamá y otros hermanos que habían nacido. Se accidentó atrás del DIF de Tacubaya. Lo prestó la fábrica Sabori, porque no tenían trabajo y no sé para qué lo prestaron, nada más para que se matara, se cayó de un tercer piso, era albañil, el único que sabía era Modesto, otro hermano, andaba buscando como loco a mi mamá, que había ido a lavar la ropa. Después de eso, mi familia se tuvo que cambiar de casa, apenas le conseguí una casa por Rosa de Castilla, y ya me fui allí con mi mamá y mis hermanos chicos que seguían con mi mamá. Afortunadamente, un muchacho donde compraba la verdura, estaba platicando que estaba rentando cuartos y le dije: "¿A poco tú tienes uno?" "Sí, ya nada más queda uno". "¿Están muy caros?" "No, son ciento cincuenta". "¿Y por qué no me pasas uno?" "Necesitas ir a verlo". "Sí, voy en la tarde con Arnulfa." A mí me pareció muy bien, tenía dos cuartitos, su bañito, su zotehuelita y luego abajito, quedaban los lavaderos de gobierno. "Oye", le dije al muchacho, "¿me lo guardas?" "Sí." Como me había yo salido de aquí, me daba vergüenza pedir que si tu mamá se quedara de fiadora y dije ¿qué hago?, pero como conocía de mucho tiempo al carnicero, le pedí de favor que fuera mi fiador, pero no quiso, entonces ya ni modo, le hablé a tu mamá y le pedí de favor, le dije que me disculpara y me dijo tu papá: "Ay, Rosa, más vale que

avises, a que te vayas así nada más, porque al fin y al cabo, las piedras rodando se encuentran". "Sí, discúlpeme". Tu mamá me dijo: "No te preocupes, yo ya quedo de fiadora". Yo aunque no comiera, pero traté de nunca quedarle mal, harto favor me hizo, hasta le dije a mi mamá: "Pase lo que pase, hay que pagar, para que no le vayan a dar lata a la señora".

En esos trece años, me fui a trabajar a una fábrica de pijamas, como planchadora, ¡Ay, Jesús!, cuando entré a la fábrica de Don Ricardo, me costaba mucho trabajo cada ocho días llevarle todo lo que necesitaba mi mamá para el gasto de la casa, iba a la Merced y me cargaba un costal para acá adelante, otro para atrás y hasta una canasta, como el día que salimos de la Comercial y no había taxi, ¡qué cosa más espantosa!, yo traía el mandado de allá para toda la semana, para que mi mamá no se preocupara, ni se atravesara para el mercado, porque no sabía andar en la calle. Traía la carne, cebollas, chiles, jitomates, tomates, hasta su fruta, longaniza y cecina, era muy barato entonces; una vez hasta me encontré a una compañera del trabajo que me dijo: "Ay, Rosita, ¿a poco usted puede con todo eso?, dígales que la vengan a esperar" "¡Uy, qué esperar!, mi hermano está chico"; a mí me tocó la batalla de mis hermanos Trini y de Juan, ¡para como son!, ella me ayudó y me dejó en la puerta de los departamentos, se llamaba Juana, ella iba para Nonoalco y ya nada más bajó mi mamá las cosas y me dijo: "Ay, ya no andes cargando tanto, a la larga te va a hacer daño", pero a mí la que me preocupaba era mi mamá.

Tu mamá era muy linda, a ella no se le pasaba el día de mi santo, ni el día de mi cumpleaños; en Navidad, me acuerdo que me regaló un suéter como color florecita de los duraznos y ¡cómo me gustaba!, me lo regaló el día de mi santo, me regaló también mi pastel, todavía no llegaba y ella ya había ido. Ya después que le di la cara a tu papá, que me echó mis frijoles por haberme ido sin avisar y ya después tu mamá fue lindísima, una vez fue y me dijo: "Rosa, ¿no tienes radio?" "Ay, señora, ya casi no tengo

ni para comer, menos tengo radio." Ella trabajaba en una mueblería y entonces me dijo: "Fíjate que me llegó en los muebles una consolita chiquita, te la voy a apartar, son abonitos chiquitos de veinticinco pesos, te los voy a pagar". Yo le dije: "No", y ella me contestó: "Mira, para que no te meta en problemas, puedes venir a ayudarle a Esperanza". Entonces le dije: "Sí, si es así, sí, si no, no" y me contestó: "Para que estés conforme, yo no te pago a ti y en cambio te lo descuento de lo que te voy a dar, yo te pagaría los veinticinco pesos".

### XIII. EL QUE TIENE HAMBRE, EN PAN PIENSA

Y así fue como regresé a trabajar otra vez a tu casa, yo venía todos los días en la mañana temprano antes de ir a trabajar a la fábrica, llegaba a las cinco de la mañana a planchar y me quedaba hasta las seis. Un día era tan temprano que hasta me agarró un güey allí, por casa que está a la vuelta, se me pegó cerca de la Iglesia de la Candelaria y a fuerzas me quería abrazar y me decía un montón de insultos y yo venía rápido, rápido, y acababa de entrar la perra que se le hubiera echado encima, me dio unas patadas y yo también le di, yo le rompí unos frascos y hasta me dijo el desgraciado: "Ni que estuvieras tan buena", yo le contesté: "Ni yo me estoy ofreciendo". Ni una gente había, él se siguió y yo me vine para la casa y ya le dije a mi tía, ella dijo: "¡Qué barbaridad!, ya no te vengas tan temprano" y como cada ratito llegaba tarde a la fábrica por dos o tres minutos, la secretaria, como no me quería, me decía que ya no era hora. "¡Ay, Yolanda!, pero son minutos" y me contestaba: "Pero por una que yo deje pasar, las demás van a querer, ven a medio día". Yo decía que a medio día me venía, pero ya no regresaba y le ayudaba a planchar a mi tía. Ya después, mi mamá se quiso ir con Esperanza para ayudarla a lavar, porque no había lavadora y le ayudaba también a la cocina, a lo que la ponían, a barrer, entonces estaba recontenta Esperanza con mi mamá, pero en la casa hacían cada sanquintín... te digo que con esa venidita que se dio mi mamá, se dio una descompuesta Lupe mi sobrina, así que ya no regresó.

Un tiempo después, tu mamá me dijo: “Oye, Rosa, te mando llamar para que te vengas unos días con la niña”, o sea contigo. “¿Cómo le haré?”, le dije yo, “porque no puedo faltar a la fábrica”. “Mira”, dijo, “no te salgas de lleno, pide permiso, di que estás enferma unos días y si te gusta, te quedas, si no, no”. “Pues a mí de gustarme, me gusta, pero falta que usted se vuelva a acostumbrar conmigo.” Ella me dijo: “Me voy a operar, es sencillo, ya tengo todo arreglado, yo lo que quiero, es que haya con quien se quede la niña”. Entonces vino tu hermano y me preguntó: “¿Cuánto te pagan allí?” Yo ni ganaba mucho. “Como cien pesos al mes, es que yo estoy por destajo.” “¡Uy! no, Rosa, ahí te están explotando, salte de allí.” “Si por mí fuera, ya los habría dejado.” “Yo te los pago, vente con mi mamá.” Bueno, ya qué me importaba, si ya me había asegurado y le dije: “Me voy a salir, yo qué estoy batallando con la Yolanda”. Fue cuando tu mamá salió muy bien de la operación, llegó a su casa feliz y luego que se vuelve a animar a operarse, ahora de la vesícula, al principio no quería, porque ya sabía que se había quedado en un paro antes, una vez que la quisieron operar, pero esa vez no entendió y no entendió. “Ya mejor quédese así”, le decía. “No, porque ya me hice todos los análisis y estoy muy bien, si no me opero ahora, no me opero nunca”, y habló su otro hijo con su nuera que le dijo: “Pues ésa es su decisión de usted, no podemos opinar, si se siente bien y si cree que aguanta, adelante, si no, quédese mejor así”. Se animó, se animó y se animó, la operaron y fue su desgracia y estuvo hospitalizada, salió bien, pero le hicieron mal la operación y ya nunca le cerró la herida, no le cerró, no le cerró y no le cerró, venía el doctor y se le fue empeorando, yo ni entendía qué era eso, se le iba abriendo, se le iba abriendo, se le iba abriendo y se le iba abriendo y a los quince días se la volvieron a llevar. En la escalera me dijo: “Rosa, te encargo muchísimo a la niña, nadie la va a echar de aquí, es su casa”. Ya tu mamá de allí, ya no salió, ya ni me acuerdo cuántos días fueron en el hospital, cuando me mandó llamar, ya

no levantaba ni la carita para arriba, estaba sentada en un sillón y me dijo que me encargaba muchísimo a la niña, o sea tú. “No se preocupe”, le dije. A mí nunca se me olvida lo linda que fue tu mamá, por eso yo pienso y siento que están en el cielo los dos, tu papá y tu mamá.

## XIV. AQUEL ES BUEN DÍA, CUANDO LA SARTÉN CHILLA

Ya después tú te casaste y llegaron tus dos hijos.

A tu marido le gustaban huevos y un día cuando te fuiste aliviar de tu primera niña, ¡qué risa me dio! porque me dijo que quería omelé. Le dije: "A mí hábleme en español, no en inglés, ¿qué es eso?" le decía, y él contestaba: "Pero si ya me lo ha hecho muchas veces". "Sí, por eso, explíqueme qué es", yo no tenía ni idea, me dijo: "Cómo no Rosa", y ya se lo hice.

Tu hija cuando era chiquita, era revaciada, le gustaban mucho los riñones, era muy lángara, y bien que sabía, yo creo que oía los ruidos cuando era martes, porque antes se ponía el mercadito detrás del colegio y decía: "Ya vámonos al mercado, porque me van a vender mis riñones, ya vámonos" y no paraba, hasta que nos íbamos y mejor nos teníamos que ir, porque si no, no hacía nada; después de que los comprábamos, los lavaba yo muy bien, los abría muy bien y los hacía con su jitomatito y su cilantro para que se los comiera, ¡se comía sus riñones con unas ganas!

Y pedía cualquier cosa que quería, yo le decía: "No, porque ni te lo comes". Por ejemplo, un día vio fresas y dijo: "¿Me compras?, ¿qué es?" y se las hacía apachurraditas con azúcar y se las daba en la comida, aunque fueran cuatro o cinco, luego quería agüita de limón, le gustaban los limones medio apachurrados. "¿Con eso me vas a hacer el agua?" decía. "No", le decía yo, "no sirven", pero insistía. "No si, sí están buenos", también le gustaban mucho las espinacas, hasta que comió tantas, que se enfermó. Un día oyó al que vendía los camotes y dijo: "¿Qué es eso?, cómprame". "No,

porque no te lo vas a comer, eso se toma con leche, pero si te lo compro te lo vas a comer” y nada más vio que me lo despacharon y luego ya no quiso, la que se lo acabó comiendo, fui yo.

A tu hijo le gustaba todo, hasta eso; a todos les ha gustado todo, los chilaquiles, enchiladas, sopecitos, ¡uy! los sopecitos, con eso lo envenenabas y con los tamales, también. Le gustaban mucho las cosas asadas a las brasas, ya lo había agarrado como devoción cada ocho días, hacía su carne asada con sus nopales y calabacitas, tú después compraste unas bolitas de carbón que eran reterápidas, yo en el campo primero ponía el carbón, después le metía un pedacito de periódico y un ocotito para prender el fuego, después ponía la boquita del anafre volteada para donde viene el aire, porque él solito le sopla y se prende rápido. Siempre les dio mucha ilusión de salir a comer afuera con el paraguas. A ti te hacía tu carne como la quisieras.

Ah, pero cuando ya iban a la universidad, a mí no me importaba levantarme a las cinco de la mañana para darles de desayunar, porque ¿cómo iba a ser posible que se fueran a ir a trabajar y a la universidad sin desayunar?, imposible, trabajaban tanto ¿y sin comer?, eso yo no lo veía como cosa buena. Otros días ya ni comer querían, que dizque por la dieta, yo les decía: “¿Cómo que no quieren sopa?, si se las preparé y está muy buena, ustedes no sé cómo le hacen, yo para lo que comen, mejor ni comía”. A mí el doctor me ha querido poner a dieta, pero yo siempre le digo: “No, doctor, yo nunca he hecho dietas, a mí eso no me gusta y yo creo que ni la podría aguantar”.

Ya contigo hacíamos muchas cosas: un pan que duraba quien sabe cuánto tiempo, ¿cómo le hacías para que te durara tanto tiempo?, galletas, unos bolillos que hasta les hacías su rajadita muy chistosa, abajo cuando pusiste la pastelería hacíamos muchísimas cosas. Parecía muy chiquito pero no, eran tres lugares, había uno donde despachan y otro donde estaba el horno y luego para adentro en donde se hacían todos los ingredientes; se hacían las masas,

había máquinas, se hacía de todo. A mí me gustaba hacer de todo, iba nada más por estar de metiche y para comer. Las empanadas que más me gustaban eran las de piña, porque qué ricas cuando salían calientitas del horno, medio doraditas y ¡hum!, eran muy ricas, eran riquísimas esas empanadas, tan ricas y tan fácil que las hacían: ponían la piña picada, le ponían su azúcar y hasta cuando le veían el fondo a la olla, le apagaban, la dejaban toda la noche y a la mañana siguiente ya estaban, hacían una tortillita una y otra y te servían para todo y como se hacía, quedaba de muy buena consistencia la masa. Tenía todo a su medida, tantos kilos de harina, tantos de agua y no te quedaba ni aguada ni dura ni nada. Sí, yo bajaba por metiche a hacer los pastes y porque me quería comer una empanadita para la guzguera. Luego te pedían unas empanadas de verduras, de espinaca, de calabacitas y de hongos. Un día iba bajando y me dijeron: “A ver, échele un ojo a las galletas” y a mí se me hizo retefácil meter la mano, estaban las charolas ardiendo y ¡me di una quemadota en el brazo!

No sé cómo me daba tiempo hasta de ir a las clases de la Profeco a donde me mandaste, allí tenía una compañera que hasta quería que me fuera con ella, como a mí las masas me salían bien, pero ¡Ave María purísima! le decía: “Estás loca, ¿cómo crees?, nada más eso faltaba, ¡todo haría menos eso!” y además le decía: “No me aguantarías ni una semana, yo como muchísimo”, le dio mucha risa, nada más quería que me fuera con ella para preparar las masitas. “Prepáralas tú”, le decía. “Pero a ti rápido que te suben y nos dedicamos a hacer pan”; de coraje que no hice lo que quería, me dijo que la Profeco nos iba a quitar todas las recetas de lo que nos habían enseñado y le dije: “No, porque yo las he pagado todas, porque desgraciadamente no sé escribir, pero lo he pagado y por derecho es mío, no tienen por qué quitármelo” y pensé: “Ahora sí te las aguantas, porque yo ya no vuelvo” y no volví. Había una viejita muy grande que iba con su hija o su sobrina, vivía por el puente, yo después la iba a ver, y le pregunté: “¿Es cierto que

van a recoger las recetas?" "Eso no es cierto, no sé por qué te lo dijeron." "Yo si sé por qué", le dije. "Porque quería que me fuera con ella", entonces me dijo: "¡Qué bueno que te retiraste!"

Pero además, en esa época aprendiste a cocinar diferente ¿verdad? Sí, las sopas de pasta, primero ya las metíamos en el hornito eléctrico, ya para no comer mucha grasa, según, y ponía en el horno de microondas a cocer las papas y las verduras.

Todo estaba muy bien, hasta que me rompí la pierna y me regresé con mi mamá varios meses en lo que me recuperaba. No volví hasta que tu hijo fue por mí el día de su cumpleaños y me llevó para partir el pastel.

## XV. PARA LAS PEORES PENAS, LOS MEJORES ALIMENTOS

Tardé mucho tiempo en recuperarme, y entonces sí tuvimos mucho tiempo para platicar. Ya te he contado muchas cosas, no sé ni para qué quieras saber de mi familia, para qué quieres eso tan feo, pero te voy a seguir contando:

Yo antes supe de muchas cosas muy feas, como en 1910, cuando la mera Revolución. El ferrocarril era donde mi abuela Juanita, la mamá de mi mamá, iba a vender; decía mi mamá que ella, Elvira, era la hija más chiquita y la más grande era Trini, que se murió cuando hubo una epidemia de la gripe española, también era mi tía Esperanza y Lola. Su papá, que no vivía con ellas, les compró un terreno por la Sabinita, las tenía como escondidas; decía mi mamá que cuando la Revolución, eran las que se encargaban de ir al agua y de acarrear la leña, para cuando llegaba mi abuela de trabajar. Ella se les tenía que escabullir a los soldados para ir a vender enchiladas, frijoles, tortillas, taquitos y huevos cocidos, cuando llegaba el tren dos veces al día; en la noche se ponía a hacer sus cosas y las escondía, porque si entraban los soldados, se comían el nixtamal y se robaban a las muchachas. Arnulfa, que en ese entonces tenía catorce años, contaba que a las muchachas las escondían en cuevas y barriles durante el día y de noche, las sacaban para que no se las llevaran; mi mamá a sus hermanas, como eran chiquitas, las ayudaba a pasar con los cantaritos de agua. La vida de mi mamá también fue un calvario. La Revolución, decía que para ella, fue lo más espantoso de la vida, siempre estaban con el Jesús en la boca de que no fueran a encontrar a su mamá y

entonces ¿qué iban a hacer ellas solas? Además, en los pueblos hay seis meses buenos y seis meses malos; cuando llueve, tu puedes ir a las milpas a recoger malvas, quelites, nopalitos, verdolagas y aunque las hiervas y les pongas sólo sal, saben buenas; pero en el invierno, tienes que hacer lo que las urracas, guardar habas, alverjones, frijol, sólo así le puedes hacer para sobrevivir, si no, ¿cómo? México siempre ha sido así, así es en los pueblos, hay hambre, no hay nada y si es en la ciudad, hay problemas por la rebeldía, en todos lados es igual.

## XVI. FRUTOS Y AMORES, LOS PRIMEROS, LOS MEJORES

¿Por qué nunca te he platicado de mis galanes? Porque no fui muy noviera, solamente tuve un novio, que se quería casar conmigo, pero la vez que lo vi con otra muchacha en el pueblo, me decepcionó tanto, que ya no quise nunca más volver a saber de él. Además yo como ya había visto a muchas señoras en el pueblo sufriendo cuando los hijos se les enfermaban y no tenían dinero para curarlos, desde entonces yo decía: "Yo hijos, ni regalados". ¿De dónde iba yo a sacar dinero para todo lo que necesitan?

Y ya en México no llegaron luego, luego, pero sí. Había "acomodos" muy aferrados que querían que me casara. Uno era necio, de León, Guanajuato, Pablo, a ése lo quería mucho María de la Luz, mi prima, lo conocí en la calle porque todos los días, nos íbamos a traer la leche con ella, para el consumo de la casa. Con un bote, nos íbamos hasta la barranca y ella se pegaba conmigo y lo conocimos; una vez que se nos pegó, iba a ser precisamente el día de la Virgen del Carmen y nos lo encontramos, se fue con nosotras, iba platicando y luego se fue y me lo volví a encontrar en la esquina de la Guadalupana, la tienda donde compraba el chocolate, se regresó con nosotros, yo como tenía prisa, porque tenía que hacer la merienda, entré a la Guadalupana a comprar una tablilla de chocolate Morelia y un cuarto de azúcar, porque todos los días, como ya te platiqué, tomaban chocolate, nos dejó hasta la puerta y lo agarró como devoción, todos los días venía a verme. Duramos mucho tiempo de amigos y después dijo que se quería casar conmigo, decía que: "¿Cuándo iba a mi casa?", que

“¿cuándo me tocaba salir?”, yo le decía: “que no salía”, decía que todas las muchachas salían, “sí, pues ellas, porque conocen México”; “pero yo te llevo y te traigo” decía; “no, no, y ¡no!” Indita, pero desconfiada, pero sobre todo mi tía Lola me había dicho: “La gente en México es muy lángara, no te vayan a engañar, a engaratusar, pláticale a Esperanza”, pero yo no le tenía confianza, pero más que nada, Julián el que trabajaba como mozo en la casa, era espantoso, era como el saltapared, por todos lados me salía; un día me vio con él y como el galán era muy altote, flaco y usaba un sombrero que se usaba de lanita, tenía uno negro y uno color beige, luego decía: “Uy chata”, así le decía a mi tía Esperanza, porque me vio con él cuando venía del mandado y hasta se adelantó para poderme hacer burla y le dijo a Esperanza: “Uy si vieras que ya tu sobrina anda de galanera”, pero Esperanza no le hacía caso, él seguía con la burla: “No sé cómo le va a hacer, se va a buscar una escalera, porque ella está como el pollo que ve al gavilán; él se tiene que agachar y ella lo ve con un ojo para arriba”. Mi tía me preguntó: “¿Y quién es?, no te vayan a engañar, aquí no conoces a la gente y son capaces de muchas cosas, no te vayan a llevar y ¿cómo quedo con tu mamá?, si vienes a trabajar, vienes a trabajar, tú tienes que estar al pie de lo que te mande la señora y rápido”, entonces órale, ya después de tanto que anduvo, le dije que no. Decía que quería ver a mis papás, yo le decía: “¡No!, ¿cómo te voy a dar mi dirección?, ni vas a llegar, además yo vengo a trabajar porque mi familia tiene mucha necesidad, no vayas a pensar que ya te conocí y ya me voy a casar contigo, si tú tienes esperanza de mí, yo de ti no, no me voy a casar ni contigo, ni con nadie”, entonces ya le entró la cosa y se fue separando, separando.

Llegó otro año y el día de la Virgen del Carmen me estaba invitando, decía que se hacía una fiesta bien bonita y que me iba a enseñar una iglesia, allí que me gustaba tanto: “Llévate a tus sobriñas, llévatelas y yo las traigo”. “No”, le decía yo, “ellas no pueden faltar porque tiene que venir su mamá por ellas y además, no son

sobrinas, son mis primas”, ya de allí como que se fue retirando más, ya no volvió. Ah, qué bueno que se fue esa pesadilla tan espantosa, ya nada más salía a la calle buscando dónde estaba, ya después de mucho tiempo, ya no me acordaba de él y entonces ya hasta tenía a otro. Ése era un Erasmo, un sobrino de uno que trabajaba con tu papá y ese también se quería casar conmigo, pero ése sí desgraciadamente, era más chico que yo y su mamá me quería mucho a mí y decía: “Pues sí, cástate con Erasmo, es buena onda”. Sí era buena gente, pero cuando el destino ya no quiere, pues no.

Pero la historia del otro se repitió. Un día venía del mercado de Mixcoac, por la estación del tren, pasaba yo sobre el río por unas tablas y me lo encontré, pero ya ni me acordaba de él, no sé cómo me agarró para atrás y hasta me hizo brincar. Me dijo: “¿A poco ya no te acuerdas de mí?” “¿Qué haces?” “Te vine a ver.” “Y ¿para qué?” “Quiero hablar contigo.” “Ya no hay nada que hablar.” Traía a uno de los niños de la mano flaco, flaco y me dijo: “¿A poco es tu hijo?”, yo le dije: “Cómo no, ¿no ves que se parece a mí? Igualito.” “¿Qué tiene que ver?, muchas personas tienen hijos bonitos.” “Ya te dije que yo vine a trabajar.” “¿A poco ya te casaste?” “¿No ves?” “¿A poco es tu hijo?” “Sí, ¿no ves que se parece mucho a mí?” “Yo si me casé y me fue muy mal, así es la vida, a unos les va bien y a otros les va mal.” “Así es la vida, ahora te tienes que aguantar. Lo mismo te dio que te hubieras casado conmigo, te hubiera pasado igual, porque tú dejaste a tu mujer con tus hijos porque quisiste.” “No, yo los tengo, los tiene mi hermana” y me quería llevar a verlos. “Tengo una niña y un niño.” “Sigue con tus hijos”, pero me dijo: “Ahora sí estoy dispuesto a casarme contigo”. Como el padre de la iglesia era muy mi amigo, fui y le pregunté: No, no vayas a cometer una tontería, me dijo: “¿Te quieres echar una responsabilidad de dos chamacos que no son tus hijos?” “¡Ay no!, ¡qué cosa más horrible!, él se lo busco así”.

Y luego el segundo, que según era galán también; era buena gente, pero con ése no fui ni a la esquina, pero él era concripto,

estaba dando apenas el servicio y se iba a Cuautitlán a dar servicio cada ocho días, no sé si vivía con el tío o con su mamá, iba y venía, entonces me dijo que saliendo de servicio lo pusieron a ensayar el tiro al blanco y les pasaron unas vacas y le pegó a una vaca y lo agarraron los dueños de la vaca a batazos y le pegaron en la cabeza y nunca dijo nada en su casa y le dio un ataque de meningitis y se murió y cuando estaba muy grave, quería que yo lo fuera a ver y yo dije no, de taruga, vino el tío a decirle a mi tía: "Dele permiso a Rosa porque mi sobrino se está muriendo y quiere hablar con ella, yo si quiero porque él se mandó a hacer unos trajes y quiero que me diga dónde", yo aunque hubiera sabido, no le hubiera dicho; esos trajes se los mandó a hacer por la calle de Los Juárez, ha de haber querido recoger las telas, yo le dije: "No, no sé nada, nunca me dijo nada" y pensé: "Tampoco voy a ir". Me dijo mi tía: "Ve". "No, dígame usted que no voy a ir, no me dan permiso." Y le dijo: "Como a ella le toca la cocina, no podemos faltar ninguna de las dos y la señora no está". Se fue muy desconsolado, ¿cómo iba yo a andar sola con él?, a mí todas esas cosas me dieron mucho miedo. ¿Sabes a lo que yo le tenía miedo?, a los casamientos, era a los hijos, porque a todos lados donde estuve, hubo niños y se enfermaban y muchas mamás no tenían dinero para curarlos y yo decía: "¿Qué voy a hacer si tengo hijos y no tengo dinero para curarlos?, se me mueren ¿y yo? ¿Qué necesidad? ¿Y si un día mi marido llega a la casa y me pega?, lo mato con el metate en la cabeza", era mi manera de pensar. ¿Qué necesidad hay de muchas cosas?, yo digo, bendito sea el Señor que me quitó todas esas ideas y me las evitó y entre más ideas, yo iba creciendo, madurando y decía: ¡Qué barbaridad! Ya después de ver a mi tía María, la media hermana de mi mamá, cómo batallaba con las hijas, dije que no estaba loca, decía, me va a pasar igual que a ella. ¡No hay ninguna necesidad! Ésa es la triste historia mía. Otros ya nada más eran de adiós y adiós, sólo esos dos eran los aferrados. Todo eso ya pasó hace mucho tiempo.

## XVII. QUIEN RECIBE, A DAR SE OBLIGA

“¿Cómo fue que le hiciste una apuesta al cartero cuando tenías ochenta y dos años?”

Ah, pues como yo no sé leer ni escribir, y dicen que el que no sabe es como el que no ve, entonces cada vez que venía el cartero quería que yo le firmara. Un día que vino, me dijo: “Traigo una carta para la señora, pero me tiene que firmar”. “¿Cómo quiere que le firme si no se leer ni escribir?”, le dije. “¿Cómo voy a creer que no sepa poner ni su nombre?”, respondió. “Pues ya ve, si quiere déjeme la carta así nada más, al fin no me voy a quedar con ella.” “Pues ¿cuánto tiempo tiene de conocer a la señora?” Le dije que muchos años, desde antes de que naciera. “¿Y todo ese tiempo que dice conocerla y no ha aprendido a poner su nombre? Así estaba mi mamá, también era de pueblo, pero ahora ya hay muchas facilidades”, me dijo. “Pues tantos años, pero a mí no me ha dado por eso, ahora dígame, ¿qué hago para aprender?” Que me dice que me iba a enseñar. Le respondí: “Si no aprendí de joven, ahora menos, que ya me voy a morir”. “Pues por lo menos para saber a dónde la va a mandar Dios”, me contestó.

Y cómo iba a pensar que la siguiente vez que vino, trajo un Libro mágico, una libreta y una pluma. “Ahora sí le traje todas las facilidades, yo le voy a enseñar”, dijo. “¿Cuándo me va a enseñar?”, le pregunté. “Las veces que yo venga.” A ver si es cierto, pensé. “Tiene que ser a fuerzas, yo le voy a dejar tarea y usted la va a hacer.” Que le digo: “¿Cómo cree?, primero soy muy floja y luego no tengo tiempo”. Y me volvió a decir: “No sé, usted lo va

a hacer, hasta le traje una libreta de un partido político, si le gusta pues aprende rápido, si no, no”.

Yo pensé: “¿Dónde cree el cartero que me va a ganar?” Y hasta se me va chueca la letra porque me tiembla la mano, pero no me va a ganar, así que me puse a hacer muchas planas. Volvió a pasar el cartero y me dijo: “¿Qué pasó, ya hizo la tarea?”

“Yo no sé ni para qué me enseña, hasta cree que voy a aprender, yo no tengo tiempo, tengo que preparar la comida, llevo toda mi vida en la cocina y siempre he dado de comer.”

Y así siguió, pero otro día que pasó ya ni me vio la tarea porque traía prisa, traía unas cartas en una bolsa, sólo estaba entregando lo más importante, porque se le había descompuesto su bicicleta, así que le dije: “No importa, está haciendo pierna”. “Yo creo que si me hace falta porque las tengo muy flacas”, contestó. Reí y le dije: “Yo creo que la bicicleta se descompuso como diciendo, para que veas que cuesta mucho trabajo”. Me dijo: “Sí sólo traje lo más importante, porque sin bicicleta no hago nada”.

## XVIII. NI LO DULCE NI LO AMARGO, DURA TIEMPO LARGO

Ahora ya tengo ochenta y cinco años y yo ya no ato ni desato, ya se me olvida si le puse sal a la comida y se me olvida hasta la salsa de pasilla en la licuadora, y ¿quién me iba a decir que me iba a enfermar tanto, que no iba a poder comer, ni siquiera agua, sólo estoy con puro suero. A mí se me antoja todo y no me lo puedo comer. Ya he vivido muchos años y algún día me tenía que pasar que me enfermara, pero eso sí, nunca me he arrepentido de mi vida, de haberme venido a México y de haber dejado mi pueblo, se puede decir que he vivido bien desde que llegué aquí y he sido muy feliz, todos han sido muy buenos: tus abuelos, papás, tú y ahora tus hijos y hasta tu nieta, te quise acabar de contar la historia que me pediste para que tú conozcas bien la historia de tu familia.

Ya no tengo fuerzas y ya estoy dudando de que vaya a salir de esta enfermedad, lo que más me duele es dejarte, porque yo le hice una promesa a tu mamá cuando se murió, de que yo siempre te iba a cuidar y ya no voy a poder hacerlo, ahora eres tú la que me estás cuidando. Toda la noche soñé que he andado con mis papás, que teníamos que llevar comida a algún lugar y que mi papá traía unos maicitos para darles de comer a los pollos, pero que se le estaban cayendo al piso y, entonces, ¿qué les íbamos a dar?, yo los recogía y nos llevábamos los maicitos, yo creo que ahora sí me voy a morir. Ya después tú vas a tener que hacerte tus cosas, te voy a decir cómo se hace la comida, para que después tú la sigas haciendo.

Volví a soñar, pero ahora con el taller en el que trabajé; siempre lo sueño, es cuando se va a morir alguien, yo creo que ahora me va a tocar a mí, porque soñé que estaba muy pobre, muy pobre y no tenía dinero, entonces entraba al taller a cobrar lo que me debían y allí se acabó el sueño.

Hasta aquí esta historia y como diría ella:

“YA COMÍ, YA BEBÍ, YA NO ME HALLO AQUÍ”.

1º noviembre de 2010

Murió dos meses después de que hizo este relato el 7 de enero de 2011.

Graciela Enríquez Enríquez  
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de  
Yvette Couturier

Se terminó de imprimir en septiembre de 2013

Diseño gráfico editorial  
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.  
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos  
03800, México, D.F.  
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos  
Baskerville en tamaños  
9, 10, 11, 13, 16 y 24 puntos

Editado por  
DEMAC